

LUNA NUEVA



Rosalind Russell
Cary Grant
Ralph Bellamy

250
P.T.S.

EDICIONES RIALTO Colección Cine

BIBLIOTECA CINE RIALTO

NOVELA CINEMATOGRAFICA



PRESENTA A

ROSALIND RUSSELL y CARY GRANT

LUNA NUEVA

LUNA NUEVA

Una exclusiva de
CINEMATOGRAFICAS VULCANO, S. A.
(C. I. V. U. L. S. A.)

ES UNA PUBLICACION DE



ANTONIO, 34

TELÉFONO 3854 - MADRID

AÑO III

1946

NÚM. 53

BIBLIOTECA-CINE RIALTO

NOVELA CINEMATOGRAFICA



PRESENTA A

ROSALIND RUSELL y CARY GRANT

EN

LUNA NUEVA

Una exclusiva de
CINEMATOGRAFICAS VULCANO, S. A.
(C. I. V. U. L. S. A.)

ES UNA PUBLICACION DE

Av. JOSE ANTONIO, 54



TELEFONO 23554 - MADRID

AÑO III

1944

NUM. 53

BIBLIOTECA-CINE RIALTO

NOVELA CINEMATOGRAFICA



PRESENTA A

ROSALIND RUSSELL y CARY GRANT

EN

LUNA NUEVA

Una exclusiva de

CINEMATOGRAFICAS VULCANO, S. A.

(C.I.V.L.S.A.)

ES UNA PUBLICACION DE



TELÉFONO 33554 - MADRID

AV. JOSE ANTONIO, 28

Sucesores de Rivadeneyra, S. A.—Paseo de Onésimo Redondo, 28.—Madrid.

LUNA NUEVA

Atravesando aquella "Babel" imponente que era la Redacción del "Diario de la Mañana", momentos antes del cierre de noticias de la primera edición, Hildy, la famosa reportér de sucesos al servicio de tan populoso rotativo hasta hacía dos meses, fué repartiendo saludos a sus antiguos compañeros, hasta llegar a la puerta del despacho, sobre cuya mampara se apreciaba una placa reluciente que, en trazos rojos, decía: "Director".

Mucho había recapacitado Hildy antes de dar este paso. Ella había salido del "Diario de la Mañana" por especialísimas causas; sin reñir, sin discusiones, sin gritos, acordaron un buen día ella y Walter Burns, director de aquel periódico, jefe directo suyo, y además esposo legítimo de ella, una formal separación legalizada (?) con uno más de esos divorcios que con tanta prodigalidad se expientan al otro lado del At-

lántico. Con esto, el majadero Walter Burns perdió de un golpe la esposa bella, y su mejor informadora de sucesos.

En principio, y a decir verdad, más debió preocuparle esta última pérdida; un buen reportér de sucesos es en aquellas latitudes elemento básico de vida en el periódico. Pero, transcurridos no muchos días, Walter empezó a notar el vacío sentimental que le circundaba; y, a despecho de su irrefrenable soberbia, añoró, pertinaz, la presencia de Hildy. Decididamente había cometido la mayor torpeza de su vida.

Hildy, sin solicitar permiso, penetró en el despacho de su ex marido en el momento en que éste, absorbido por su tarea, dictaba órdenes por cuatro teléfonos a la vez, manoteando al aire cual si pretendiera atrapar moscas.

Walter Burns no estaba solo. Ante él había un mudo testigo de todo

aquel accionar gesticulante y que, impertérrito, le contemplaba. Era Luis; un individuo sin oficio definido, cuyos huesos habían reposado más de una vez en las celdas de Sing-Sing. Malas lenguas aseguraron que sus veniales inclinaciones consistían en inocente prestidigitación, merced a la que bastantes carteras ajenas pasaron a su bolsillo.

Hildy, una vez traspuesto el umbral de aquel despacho, quedóse parada allí mismo, contemplando a Walter, que no advirtió tal presencia por hallarse de espaldas a la puerta. Luis, en cambio, reconoció presto a la repórter, y acercándose al jefe, tocóle discretamente en un hombro.

—¿Quién es?—inquirió Burns, sin abandonar el receptor telefónico.

Una voz femenina, de sobra conocida, sonó a su espalda:

—Tu ex esposa. ¿No quieres recibirla?

Al conjuro de aquella voz, cuyo timbre le era de sobra conocido, Walter volvióse rápido, acusando en el semblante la felicidad de tal encuentro. Tendió ambas manos a la recién llegada, e irradiando contento preguntó:

—¿Qué tal, Hildy?

Faltóle tiempo al atolondrado Burns para despedir a Luis. Tenía deseos de charlar a solas con Hildy, y los momentos le eran preciosos; y como el susodicho maleante se anticipaba a los deseos de su protector, hizo mutis todo lo disimuladamente que pudo:

Una vez a solas, Walter, antes de romper a hablar contempló durante breves instantes y en silencio a la monada que ante sí tenía. En verdad que Hildy había ganado bastante desde la separación; hasta el punto de que nadie a no saberlo, la creería casada. El candor, que sin proponérselo ella misma, emanaba de aquella carita guapa, otorgábale aspecto de colegiala ingenua. La figura un tanto estilizada, restablecía una feliz armonía entre su estatura media y la precisión de sus contornos. ¡Caramba, si había ganado aquella mona desde que el juez formalizó la separación!

Walter, al fin decidióse a hablar, pero cuando iba a emitir el primer vocablo, la inesperada intrusión de Duffy, redactor-jefe del "Diario de la Mañana", trunció el diálogo:

—Oye, Walter...

—Estoy ocupado—refunfuñó malhumorado Burns, sin prestarle atención.

Duffy insistió.

—Oyeme, Walter...

Este, volvióse ahora hacia él para repetirle en tono más elevado:

—Vete, Duffy; estoy muy ocupado.

Pero el probo redactor no se daba a partido porque, indudablemente, la embajada que traía era importante:

—Es necesario, Walter, que sepas que el gobernador no ha firmado ese indulto.

—¿Qué?...—bramó el director, dando un respingo.

Adivinando la magnitud de tal fracaso periodístico, prosiguió:

—Mañana por la mañana morirá Williams y quedaremos en ridículo.

Un inquietante silencio sucedió a tales palabras. El primero en hablar fué Duffy:

—Bueno, y ¿qué piensas hacer?

Walter, recobrando de súbito su peculiar dinamismo, ordenó tajante:

—Llama al gobernador por teléfono.

—No puedo.

—¿Por qué?

Duffy argumentó desconsolado:

—No se sabe dónde está. Ha ido de pesca.

—Y ¿cuántos lugares de pesca hay?—inquirió Walter, para quien aquello no constituía mayor dificultad.

—Por lo menos, dos: el Atlántico y el Pacífico.

Burns le miró zumbón:

—Eso simplifica el asunto, ¿no?

—Sí; mucho.

Tras un segundo de meditación, Walter volvió a ordenar a Duffy:

—Llámale al teléfono.

—Y ¿qué le digo?

Pero Burns no contestó. Cogido el mentón con una mano, dábase a cavilar salida factible.

Hildy, que conocía como nadie la táctica de Walter, dijo en voz baja a Duffy:

—¡Silencio! Está pensando.

No precisó de mucho tiempo aquel

hombre extraordinario para descubrir la fórmula:

—Dile que si firma el indulto de Williams, el "Diario de la Mañana" le apoyará cien por cien en las elecciones para senadores.

—No puedes hacer eso, Walter—protestó asustado Duffy.

—¿Por qué no?

—Porque éste es un periódico democrático desde hace más de veinte años.

Walter esbozó una sonrisa cínica, al tiempo que con la mayor tranquilidad trataba de disipar los temores del aquel pusilánime:

—¡Qué importa, Duffy! Cuando obtengamos el indulto, volveremos a ser democráticos.

Pero lejos de convencerse, el infeliz Duffy resistíase con todas sus fuerzas. Fué preciso que su jefe apelara a toda su autoridad para obligarle:

—Márchate, Duffy, y haz lo que te he dicho. Recuerda que el "Diario de la Mañana" espera que todos sus redactores cumplan con su deber.

—Está bien—emitió por todo comentario el redactor-jefe, acatando mal de su gusto la voluntad del que mandaba—. Y sin decir palabra, volvió a dejar solos en el despacho al director y a Hildy.

—Bueno, Walter; veo que sigues igual que siempre—opinó la muchacha.

—Es la primera vez que he tomado el pelo a un gobernador.

Tras una leve transición en el tono, encaróse de nuevo con Hildy:

—Bueno: ¿en qué puedo servirte?

—¿Te molesta que me sienta un rato?—arguyó ella por toda respuesta.

Aquel "hombre-máquina", dulcificóse un tanto para decir:

—En mi ventana hay siempre una luz encendida para ti. Ven aquí.

Pero ella, sabiamente, rehuía la proximidad:

—No; salté por esa ventana hace mucho tiempo, Walter.

Este encajó a regañadientes el chasco, disimulando con una sonrisa forzada.

Hildy tomó asiento, encendió un cigarrillo y contempló en silencio la primer voluta de humo que, en espiral, ascendía al techo. El silencio empezaba a tornarse embarazoso, cuando Walter rompió a hablar:

—Bueno..., bueno... ¿Cuánto tiempo hace?

Hildy le miró extrañada:

—¿Cuánto tiempo hace que...?

—Ya me entiendes. ¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos?

—Déjame echar la cuenta; vé-rás...

Mentalmente, Hildy rememoró; pero antes de conseguir el total del tiempo, Walter volvió a hablar:

—Puede que fuera ayer... ¿Soñabas mucho conmigo, Hildy?

—No. He cambiado mucho. No me conoces.

Pretendió tomarla una mano, al tiempo que añoraba:

—Sí te conocería. Te conozco siempre, en todo momento, en...

—...en todos momentos, en todas partes...—remedó Hildy—. Y, a continuación, restableciendo su tono habitual, añadió:

—¡Ah! Te repites demasiado, Walter; eso me lo dijiste cuando me hacías el amor.

Burns encajó el golpe:

—Sí. Veo que te acuerdas todavía.

—Claro que me acuerdo; si no, nunca me hubiera divorciado de ti.

Al llegar a este punto, la mirada de Walter tornóse melancólica; tan melancólica como el timbre de la voz, que, casi como un sollozo, le salió de la garganta:

—¡Ojalá no hubieras hecho eso, Hildy!

Ella le interrogó con la mirada.

—Un hombre pierde así la confianza en sí mismo—prosiguió Walter—. Le hace pensar que está de más en el mundo.

Ella le interrumpió:

—No, no...; para eso son los divorcios.

—Tienes la idea anticuada de que el divorcio ha de durar toda la vida.

La mirada de Hildy fué todo un poema.

—Pero eso no es nada; unas pa-

labras huecas que le dices a un juez. Hay algo entre nosotros que nadie puede cambiar.

Hildy parecía asentir a todo con un gesto ambiguo.

—Te quiero mucho, ya lo sabes—expuso Walter en una explosión de sinceridad.

—¿Por qué razón prometiste no oponerte al divorcio y luego hiciste todo lo posible para que fracasara mi plan?

Burns adoptó un acento cómico, de grave apuro, para sentenciar:

—No se echa de menos el agua hasta que el pozo se seca.

—Mira que un grandullón como tú, alquilando un aeroplano para escribir con humo en el espacio: "Hildy, no me abandones. Acuérdate de mi hoyito. Walter". Retrasaste el divorcio diez minutos mientras el juez salió a contemplarlo.

—Te advierto—interrumpió Burns—que no es por presumir, pero tengo el hoyito en el mismo sitio.

Y a continuación vinieron una serie de reproches que Walter fué rechazando serenamente. El no tuvo la culpa de no llegar a poseer aquella casita que tanto prometiera a su amada, como tampoco fué causante de haber pasado la luna de miel separado de su esposa. ¿Qué culpa tuvo él del hundimiento de aquella mina que espoleó su afición reporteril hasta lograr apartarle de su reciente esposa?

—No me lo negarás, ¿verdad Walter?

¡Cómo iba a negarlo! Al contrario, estaba orgulloso de todo ello. La célebre información asombró a toda la ciudad.

—¡Pero yo no me casé para eso!—protestó Hildy.

Y como el diálogo entre ellos iba tomando un sesgo imprevisto, y sobre el que en modo alguno le convenía a ella insistir, cortó por lo sano con este tajante "parón":

—Bueno, Walter, escucha: He venido para decirte que dejes de telefonarme una docena de veces al día, y que no me envíes más recados, ni cartas...

—¡Ah! Redacto unas cartas maravillosas, ¿verdad? Todo el mundo lo dice.

Ella empezaba a impacientarse.

—No, Hildy, mira: es inútil. Te diré lo que vas a hacer; vuelves a trabajar en el periódico, y si vemos que no podemos seguir en plan amistoso, nos casamos otra vez.

Hildy, asombrada de tanto cinismo, desorbitó sus ojos:

—Yo no te guardo rencor—añadió Walter para concluir.

¡Ah! Aquello era demasiado. La hipocresía de aquel hombre corría parejas con su frescura; pero ella había venido para algo más que indignarse, y por ello tiró a concluir de una vez:

—No disparates más, y déjame

que te diga a lo que vine hasta aquí.

—Encantado. Vamos a almorzar. ¿Dónde te gusta?

Decididamente, aquel hombre era un caso de inconsciencia. Únicamente la simpatía arrolladora que presidía sus locuras atenuaba el efecto. Hildy, que le conocía de sobra, declinó la invitación. —Tengo un compromiso para almorzar.

—Bueno; lo rompes.

—No puedo romperlo.

—Claro que puedes. ¡Vamos!

Y al decir esto, la tomó por ambas manos.

—¡Suelta! No me sufetes. Piensa que ya no eres mi marido ni mi jefe; ni volverás a serlo en la vida.

Ahora el asombrado fué Burns.

—¿No piensas volver al periódico?

Hildy asintió con un gesto.

—Está bien—afirmó él—; vete a trabajar a otra parte. ¡Esa es la gratitud que merezco!

Se perdieron a continuación en una serie de divagaciones, recriminándose mutuamente y elevando el diapason de sus voces cual si, por chillar más, pretendieran tener más razón. El timbre del teléfono tuvo el acierto de poner punto a la polémica.

—¡Diga!—gritó Burns con el receptor al oído.

La fantasía periodística de Walter ideó un ardid:

—Dígame, Sueceney...

El comunicante debió protestar del error porque no era Sueceney, sino Daffy; pero a la conveniencia de Burns no interesaba deshacer el equívoco:

—Oye, Sueceney: no puedes hacerme eso, y precisamente hoy.

Daffy, el reportero de sucesos, que era quien le llamaba desde otro lugar de la Redacción, creyó volverse loco al escuchar a su jefe que, por teléfono, clamaba con desesperación:

—¡Qué mala suerte! Escucha, Sueceney; no es el momento... ¡Ah! Está bien, lo comprendo... Sí, el deber es el deber...

Con fingida indignación, dejó de golpe el auricular.

—¿Qué te parece?—dijo dirigiéndose a Hildy—. ¡Las cosas que pasan hoy! Trescientos sesenta y cinco días tiene el año, y tiene que ocurrir precisamente hoy.

Hildy picó el anzuelo:

—¿Qué pasa, Walter?

—Sueceney, el único hombre que sabe escribir aquí, y escoge este día para tener un bebé.

—¡Hombre! No lo habrá hecho a propósito—razonó ella con lógica.

—No importa; tenía que ocuparse del asunto de Williams, y ¿dónde está? Paseando nervioso por una clínica... ¿Es que hay sentido del honor en este país?

—¿No puedes encargárselo a otra persona?

La maniobra iba surtiendo efecto.

—No, Hildy, no. En la Redacción no hay otro que sepa escribir... ¡Esto acaba conmigo!

Tras una breve y estudiada pausa, añadió:

—A no ser que tú...

—¡No!

—¡Hildy, tienes que ayudarme!

Rogó, suplicó; pero ella se mantuvo firme. Ni en recuerdo del pasado amor que Burns arteramente invocaba, ni por dinero... Nada fué capaz de convencerla. Al fin, cansada de escuchar, le dijo:

—¡Mira, cabezota!

Y metiéndole por las narices su mano derecha espetó, mostrándole uno de sus dedos.

—¿Sabes qué es esto? Un anillo de compromiso.

—¿De compromiso?—repitió maquinalmente él.

—Sí.

Walter, anonadado, dejóse caer en el sillón. Hasta ese momento no se dió cuenta de que no podría contar para nada con su ex mujer. Se iba de nuevo a casar y no pensaba escribir ni una letra. Abandonaba el periodismo para dedicarse a las tareas femeninas del hogar, y nada ni nadie cambiaría su criterio.

—¿Dónde conociste a ese hombre?—apuntó débilmente Walter.

—En Bermuda.

—¿Es rico?

—No. Pero tiene una buena renta anual.

—¿A qué se dedica?

—Está en una Compañía de Seguros. Además entérate, Walter. Olvida su oficio cuando está conmigo. Me trata como a una mujer.

—¿Y cómo te trataba yo? ¿Cómo a un búfalo, acaso?

—No sé cómo se trata a los búfalos. Me caso mañana, y eso es cuanto te vine a decir. Buenos días, Walter.

—Adiós, Hildy. Confieso que me has dejado de piedra.

Y tornándose de nuevo melancólico, añadió:

—Te deseo toda la felicidad que yo no supe darte.

—Gracias, Walter.

—Lo único que siento es no conocerle. ¿Dónde está?

—Ahí fuera.

—¿Quieres presentármelo?

A Hildy le pareció tan disparatada aquella pretensión, que se opuso a ella.

—¿Es tan bueno como dices?

—Mejor.

Ella abandonó el despacho, siempre precedida por Walter, que, en modo alguno, estaba dispuesto a separarse de Hildy.

II

El atolondrado Burns llegó con Hildy hasta el vestíbulo de entrada, donde, pacientemente sentado, aguardaba el bobalicon Pedro Baldwin, la salida de su prometida.

Era el tal Baldwin un muchacho modesto y tímido en todos sus ademanes. Tocadô con largo impermeable y sombrero hongo, completaba la indumentaria con un enorme paraguas para las manos y unos chanclos de goma para los pies. Decididamente, aquel hidráulico joven no era el hombre más indicado para seducir a Hildy, que tenía un concepto de la vida un poco más modernista. Pero vaya usted a pedir lógica al subconsciente de una mujer bonita despechada. ¿Hildy se casaría enamorada con aquel "congrío"? En modo alguno; pero, quizá la facilidad que para tejer y destejer matrimonios existe al otro lado del Atlántico contribuyera, ¡cómo no!, a elegir maridos con la misma facilidad que se escoge un sombrero de última moda. En la variación radica el gusto, y allá cada cual con sus criterios. Pero en España estamos muy contentos estimando el divorcio con la misma aceptación que concedemos a una función de tea-

tro. Que lo peor no son los divorcios, sino los matrimonios que, en su defecto, se proyectan.

La pregunta que Walter dirigió al infeliz Baldwin fué ésta:

—¿Siempre lleva usted paraguas?

—Verá... —explicó Pedro, un tanto turbado—: Estaba la mañana algo nublada...

—Claro—asintió Burns—. ¿Y llevará usted chanclos, eh?

Unā rápida ojeada a los pies de su interlocutor, que por cierto debía calzar del cuarenta y tres para arriba, le ratificó en su evidencia.

—Bien, "lord Byron"—agregó, dándole unas palmaditas en la espalda—. El hombre debe prevenirse contra las eventualidades.

Hildy, que estaba volada por el chungueo de que se hacía víctima al inefable Perico, propúsole terminante:

—Creo que lo mejor que podíamos hacer, es irnos.

De perlas pareció la proposición a Walter, quien, quieras que no, llevóse a la pareja a cierto restaurante invitados a almorzar. Hildy no salía de su asombro ante tamaño descaro y desfachatez. Adivinaba que aquel majadero obraba con



...tocado con largo impermeable, completaba su indumentaria con un enorme paraguas para las manos...

arreglo a un plan premeditado; pero ni aun así saldría con la suya. Walter Burns había muerto en su corazón.

Una vez acoplados en la mesa, donde el diabólico periodista tuvo buen cuidado de sentarse entre Hildy y su prometido y, redactado el menú, Walter, reincidiendo con sus palmaditas cariñosas, espetó a Baldwyn:

—¡Vaya..., vaya...! ¿Conque... van ustedes a casarse, eh?

Un tanto ruborizado, Pedro asintió casi por señas.

—Y... ¿qué sensación le hace, Baldwyn?

—¡Oh! ¡Es maravilloso!—respondió éste con un candor de párvulo.

Uno de los piecitos de Hildy depositó un soberano pisotón en los del charlatán, cuyo gesto acusó el dolor. Para disimular, agregó:

—Se lleva usted una monada de criatura.

El infeliz agente de Seguros, desatóse en elogios hacia la mujercita que iba a llevarse. ¡Un sueño!

—Pero se lleva usted algo más, Pedro; se lleva un periodista estupendo.

—No me piropees, Walter—rechazó Hildy con una sonrisa que era una mueca.

Y tomando pie de ello, también Burns explayóse en cantar los méritos y virtudes profesionales del mejor repórter del "Diario de la Mañana". Por si todo era un ar-

did, ella aprovechó la ocasión para ratificarse, una vez más, en su propósito de no volver a emborronar más cuartillas en su vida.

La comida fué deslizándose placida; es decir, placida solamente para el incauto Baldwyn, quien, bien ajeno a la estratagema de Walter, engullía a placer y alteraba su rostro con los vapores del vinillo, que soltaba su lengua que era un primor. Con suma habilidad, Walter se fué enterando de cuantos detalles convenientes al matrimonio en proyecto le interesaba poseer. Ella, por el contrario, que conocía de sobra a su ex marido, pasó uno de los peores ratos de su vida. El cinismo de Burns llegó hasta el punto de insinuar la idea y conveniencia de hacerse un seguro; detalle éste que Pedro Baldwyn cogió al vuelo, y que acrecentó la simpatía que iba sintiendo por su reciente amigo.

Llegado el momento del café y licores, Pedro manifestó no poder entretenerse más, pues le era preciso ir a sacar los billétes y facturar los equipajes. La boda era al día siguiente.

—Nos vamos hoy, a las cuatro; tomaremos el coche-cama para Albany—expuso Pedro haciendo ademán de levantarse.

Walter creyó que el suelo se hundía bajo sus pies, al ver que su plan no iba a dar resultado. No pensaba que los acontecimientos se sucederían con tal rapidez. A pe-

sar de todo, la boda había de charlarla, y no era hombre él tan sin recursos como para no ganarle la acción al tiempo.

Fingiéndose un movimiento torpe, derramóse media taza de café sobre la americana.

—¡Huy! ¡Qué tonto soy! ¡Hoy todo son calamidades!

—No tiene importancia, hombre. Toma—dijo Hildy, alargándole su propia servilleta.

—No, no te molestes—rechazó él—. Llamaré a Luis.

El camarero vino, y mientras le limpiaba, Walter, disimuladamente, dijo al oído:

—Llámame al teléfono en cuanto te vayas.

Banalmente intentó reanudar la conversación:

—¿De modo que parten esta tarde... ustedes solos?

Hildy, al advertir la preocupación de Walter, rió de buena gana. Después, dijo:

—Será preciso que le digamos que mamá viene con nosotros.

La sorpresa de Burns llegó al colmo:

—Pero... si tu madre murió hace...

Pedro intervino:

—No; se trata de mi madre...

—¡Ah! Su ma... Ya; eso es diferente.

Refinadamente, y poniendo a sus palabras sangrienta ironía, Hildy recalcó:

—Era una crueldad dejarte sufrir

de este modo. ¿Has visto Pedro qué bueno es? Siempre tratando de protegerme.

Walter la miró con las peores intenciones. Iba a replicar algo muy gordo, cuando la aparición del camarero le cortó.

—Señor Burns...

—¿Qué hay?

—El teléfono.

—¿Para mí?—preguntó aparentando sorpresa.

—Sí, señor.

Al tiempo que se levantaba, comentó:

—¡Qué cosa más rara! Perdóneme.

Cuando quedaron solos, Pedro aprovechó para decir a su prometida:

—Oye, Hildy: no parece mal muchacho.

—Hubiera hecho, quizá, feliz a cualquier otra mujer.

—No es el hombre que tú mereces, pero es agradable, tiene mucha simpatía.

—Eso le viene de casta. Su abuelo era un granuja.

Baldwyn rió entonces con todo el optimismo a que le daban derecho su hongo, sus chanclos y el paraguas.

En la cabina del teléfono, Walter comunicó con la Redacción de su periódico:

—¡Oiga! ¡Oiga! ¿Es Daffy?

Era, efectivamente, Daffy quien hablaba al otro extremo del hilo telefónico.

—Oye, ¿no habrá manera de impedir que el tren de las cuatro para Albany, salga hoy?

Daffy, sin tomar en consideración aquello que él creía una broma de Walter, respondió, muy cargado de suficiencia:

—Podemos volarlo con dinamita.

—¿Tú crees? No. A lo mejor nos falla. Abre los oídos: ve a buscar a Sueceney, y mándale fuera con dos semanas de vacaciones, rápidamente. Y prepárate: Hildy va a volver. No, ella no lo sabe; pero te prometo que se quedará.

Al llegar de nuevo a la mesa, Walter llevaba un ceño de preocupado que nadie supondría fingido.

—¿Qué sucede, Walter?—inquirió ella vivamente intrigada.

—El asunto se pone feo. Es el caso del pobre Williams.

—Algo de ello creo haber leído en los periódicos—apuntó Pedro.

—¿Cuál es la dificultad, Walter?—tornó a preguntar Hildy.

—Es muy sencillo. Se trata de un infeliz, medio loco, que perdió su empleo, y enloquecido disparó contra un policía que quiso sujetarle. Y quieren ahorcarlo mañana.

—¡Pobrecillo!—lamentó ella.

Pedro Baldwin, interesado ya en el asunto, opinó con lógica:

—Pero si no estaba en su juicio, ¿por qué razón el Estado no le deja libre?

—Porque el policía era un negro. Hildy sabe lo que eso significa.

—Sí—terció la aludida—. El vo-

to de un negro es muy importante en esta ciudad.

—Sobre todo habiendo elecciones dentro de cuatro días—remató Burns, disimulando el contento que le producía ver que las cosas no podían discurrir por mejores cauces. Hildy y su futuro habían sido ganados por la emoción del asunto.

—Usted podría demostrar que ese hombre era irresponsable.

Walter volvióse a Pedro, que era quien así hablaba. Decididamente, las cosas se venían a la mano.

—No, no es tan fácil—exclamó Burns con evidente desaliento.

—Tampoco creo que sea tan difícil.

La alegría de Burns, a poco más le hace perder la serenidad. Quien habló ahora fué la propia Hildy, y en sus palabras Walter adivinaba que todo estaba ganado.

—¿Qué quieres decir, Hildy?

—¿No tienen que hacerle un nuevo reconocimiento antes de ahorcarlo?

—Dirán lo mismo.

Hildy, que insensiblemente volvía a posesionarse de su personalidad periodística, expuso su plan:

—Mira, Walter; procura tener una interviú con Williams. Publicas el informe del médico que le va a reconocer...

—Sí.

—... y junto a él, ya sabes, a doble columna, pones tu interviú. El alienista dice que está en su pleno

juicio y la interviú demuestra que está loco.

Con manifiesta pesadumbre, Walter dejó caer lentamente estas palabras:

—¡Ah, Hildy! Tú podrías hacerlo. Podrías salvar la vida a ese pobre diablo; tú puedes...

—¡Eh, eh!—atajó ella, que en modo alguno estaba dispuesta a retornar a su oficio.

—¡Es verdad!—desplomóse Burns—. Olvidaba que tú te marchas.

—Claro.

Pedro vino de nuevo, cual Providencia feliz, en auxilio de Walter.

—¿Cuánto tiempo había de emplear?

—Una hora para hacer la interviú, otra para escribirla... Total, un par de horas.

—Hildy—propuso Pedro—, podríamos tomar el tren de las seis, con tal de salvar la vida de un hombre.

Pero ella siguió en su firmeza:

—Si tienes mucho interés en salvar a Williams, escribe tú mismo la interviú, Walter; aún eres un buen repórter.

—Bien sabes que no. Hace falta un corazón..., una...

—Y si no, que lo haga Sueceney: el mejor que tienes en el periódico, para ésta clase de trabajos.

En vano Walter trató de demostrarle que Sueceney, absorbido por la alegría de haber tenido su mujer

dos gemelos, no aparecía por parte alguna.

—Pedro, convénzala usted; si no, va a ir al matrimonio con las manos ensangrentadas... ¿Cómo podrían ser felices pensando en esto?

Con acento tético, Walter les expuso todo un panorama macabro, que iba a rimar muy mal con la felicidad que se prometían.

—¡Basta!—cortó enérgica ella—. ¡Cállate ya!

—¿Callarme...? ¿Por qué?

Hildy, miróle feroz.

—¡Eres un lioso! Ahora recuerdo que Sueceney hace sólo cuatro meses que se casó.

No había previsto Walter el atar ese cabo, y la plancha resultaba fenomenal. Pero como no era hombre que tan fácilmente se amilanasé, volvió de nuevo a la carga. Todo, antes de que Hildy se le marchara para siempre, porque se advertía seriamente enamorado de ella.

—Bien. No ha pasado nada. Olvidemos esto y empecemos de nuevo. Voy a haceros una proposición comercial.

—No nos interesa—rechazó seca Hildy.

—A usted, Pedro, le interesará. Usted es un hombre inteligente y...

—No le escuches, Pedro. Le conozco mucho, y nos va a liar...

—¡Que sí!—afirmó enérgico Walter—. Me tiene que escuchar. No te metas en esto.

Y dirigiéndose exclusivamente al candoroso Baldwin, le hablo así:

—Convenza usted a Hildy para que escriba la interviú, y a cambio de ello me hace una póliza de vida. ¿Qué le parece?

Pedro, que era la delicadeza en persona, no estimó muy oportuno el trato.

—Vamos, no sea tonto.

—Yo no utilizo a mi prometida para un negocio.

Pero ella fué quien intervino ahora:

—Un momento, Pedro. ¿De cuánto será el seguro, Walter?

—De veinticinco mil dólares.

—¿Qué?

—¡De cincuenta mil! —rectificó Walter.

—¿Qué comisión te ganas tú si haces esa póliza?—preguntó Hildy a su novio.

—Serán unos mil dólares... Pero, Hildy...

—¿Por qué vamos a perder ese dinero, querido?—razonó ella.

Pedro se resistía:

—No, no puedo prestarme a...

—Pues es necesario.

—Claro—apoyó Walter.

Hildy apremió tanto, que cinco minutos más tarde se había convenido todo: Walter se haría el seguro rápidamente. Para ello se iría a burcar al médico de la Compañía, para que efectuara el reconocimien-

to del asegurado, diligencia que, para mayor brevedad, se realizaría en la oficina del periódico. Walter prepararía el cheque consiguiente, para abonar la prima en el momento de serle entregada la póliza, que "ipso facto" se redactaría. Y solamente a cambio del abono del cheque, Hildy accedía a escribir la tan solicitada interviú que salvaría a Williams. Todo con una rapidez de vértigo, pues la cosa urgía. Pedro y Walter se irían a ultimar lo del seguro, mientras Hildy se iría a la sala de Prensa del Juzgado criminal.

Cuando Hildy ya se había despedido de su prometido, volvióse para decirle, en discreto aparte:

—Pedro, ¿cuánto dinero llevas?

—Ya lo sabes. Todo el que tenemos: quinientos dólares.

—Dámelos, que te los guarde.

Pedro dibujó un gesto de asombro:

—Tengo que comprar los billetes.

—Ya los compraré yo.

—Pero, Hildy...

—Mira que sé lo que hago. Ése te invitará a jugar, y te ganará haciendo trampas.

A pesar de todo, Pedro entregó su dinero a Hildy. ¡Cualquiera llevaba la contraria a una mujer que razonaba tan contundentemente!

III

La llegada de Hildy a la Sala de Prensa del Juzgado fué recibida con manifestaciones de asombro por parte de sus colegas de otros periódicos.

Todos la creían retirada del periodismo; por eso, su presencia en aquel lugar les dejó perplejos, aunque tan magnífica compañera era siempre bien recibida.

Hildy, después de repartir saludos y contestar a cuantas bromas le daban con respecto a su boda, reparó en unos golpes secos de martillazos que provenían del patio central del edificio, adonde daban las ventanas de la sala.

—¿Qué es eso?—preguntó, al tiempo que sus ojos miraban por la ventana al patio.

—Están preparando la fiesta de Williams, para mañana—respondió uno de los reporteros en tono zumbón.

Efectivamente, allí abajo varios obreros levantaban el tablado de la horca, macabra tarea a la que parecían harto acostumbrados. Hildy no pudo reprimir un gesto de horror.

Hábilmente pudo enterarse, por confidencias de sus amables colegas, que Williams era contable; que

percibía veinte dólares semanales, que después de veinte años de servicio se elevaron a veintisiete cincuenta.

—Entonces, ¿el crimen fué por...?

—No—le aclaró un compañero—. La Compañía donde Williams trabajaba, quebró, y él perdió el empleo.

Hildy tornó a preguntar:

—¿No encontró otro?

—No. Se dedicó a pasear, hasta que encontró un policía que no quiso escuchar sus lamentaciones, y le convenció a tiros...

Mientras Hildy completaba sus averiguaciones, lejos de allí, en el despacho de Walter, el doctor de la Compañía aseguradora concluía el reconocimiento de Burns, que fué favorable; Walter estaba sano como una manzana.

Cuando el doctor dejóles solos, Pedro, que redactaba a mano la póliza, preguntó de pronto:

—¿Quién es su beneficiario?

Walter volvióse sorprendido:

—Pues... ¿Cómo ha dicho?

—Verá: en caso de que usted muera, ¿a quién debemos abonar el seguro?

—A Hildy, desde luego—contestó con singular naturalidad.

Pedro protestó:

—No; eso sí que no. Me pone usted en una situación delicada.

—¿Por qué no puedo nombrar a Hildy mi... eso que ha dicho usted antes?

Poseído de prematura dignidad de esposo, Pedro objetó:

—Debo ser yo quien atienda todos sus gastos.

—Pero si va usted a sostenerlo todo—insistió terco Walter, tratando de convencerle—. Si el doctor no se equivoca, tengo más vida que un gato, ¿no es eso?

Maquinalmente, porque aún no vislumbraba adónde iría a parar aquel torrente de conversación, Pedro Baldwyn asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Pues bien—prosiguió Walter—: yo tengo una deuda de honor con Hildy. He sido un mal marido; ella hubiera podido exigirme una indemnización, y no quiso nada, teniendo, como tenía, derecho a ello. ¡Oh! Ella es tan independiente...

—Yo también lo soy—arguyó Pedro.

Sin hacerle mayor caso, Walter tiró a concluir.

—Tengo salud... Pongamos que viviré unos veinticinco años. Para entonces, probablemente habrá ganado usted tanto, que no dé importancia al dinero.

Pedro le miraba sin pestañear.

—Pero supóngase, amigo Baldwyn, que no hubiera prosperado.

¿Cuál será la vejez de Hildy, entonces?... Piense en ello. Parece que la veo canosa, con una bata vieja y con ese paraguas que usted tan gallardamente ostenta, como único equipaje... ¿No la ve usted, Pedro? ¿No la ve?

¡Caray! Aquel hombre matizaba de un modo, que el infeliz asegurador de vidas ajenas no pudo evitar que un escalofrío recorriera sus músculos.

—Claro... Sí... Desde luego... Si lo pone usted de ese modo...

La entrada de Daffy en el despacho interrumpió el diálogo.

—¿Qué quieres?—preguntó Walter.

Daffy le llamó aparte para hacerle entrega del cheque, de dos mil quinientos dólares, para abono de la prima, y en seguida volvió a dejarlos solos.

—Bueno, Pedro: aquí tiene usted el cheque—dijo Walter, alargándole el papelito.

Al tiempo que aquel lo guardaba en su cartera, Walter juzgó oportuno recordarle:

—Prometié telefeonar a Hildy tan pronto tuviera el cheque.

Dos segundos más tarde Pedro estaba al habla, por teléfono, con su prometida, que aún seguía en la sala del Juzgado.

—¿Te dió ya el cheque?—preguntaba ella.

—Sí. Lo tengo en el bolsillo.

—¿Dónde estás?

—En el despacho de Burns.



Pedro, interviene:

—No. Se trata de mi madre.

—¡Ah! Su ma... Ya; eso es diferente.

—Bueno... Mira, Pedro—receló ella—, no me gusta nada que lo lleves en el bolsillo.

Pedro arguyó algunas excusas, pero su prometida insistió testaruda:

—Es una superstición periodística que el primer cheque grande que se obtiene se ponga en... la badana del sombrero. Trae buena suerte.

De no muy buena gana, Pedro accedió a tal capricho de ella, que no iba muy descaminada en su presentimiento. Conocía los procedimientos de Walter, y su intuición le aconsejaba creer que el cheque era nulo, toda vez que en la cuenta corriente de Burns no debía haber fondos desde hacía mucho tiempo.

IV

Todo lo rápidamente que le permitieron sus piernas, Hildy bajó a los sótanos, donde estaba la celda de la que Williams saldría horas más tarde para el patíbulo. Un guardián uniformado, conocido de Hildy, salióle al paso:

—¿Qué viene usted a hacer aquí?

—Quiero entrevistar a Williams.

Cooly, que tal se llamaba el carcelero, frunció el ceño, disgustado.

—Lo siento. No hay más interviús.

—Hazme ese favor—rogó Hildy.

—Tengo esa orden. Además, esperamos de un momento a otro al doctor que vendrá a hacerle el último reconocimiento. No puede ser.

Por la imaginación de ella cruzó rápidamente el chispazo de una solución genial para ablandar a aquel bigardo. Extrajo de su bolsillo un billete, y con disimulo arrojólo al suelo.

—¡Ah! ¡Se te ha caído esto!—exclamó, mirando al piso.

—No; me parece que no—dudó Cooly, al tiempo que se inclinaba a coger el billete.

—Veinte dólares—afirmó ella.

Con una sonrisa cínica, aquél guardóse el dinero, mientras decía:

—Sí. Es posible. Puede que se me haya caído.

Y cual si aquel detalle fuera señal convenida, Hildy, una vez visto que Cooly no rechazaba el soborno tan hábilmente planteado, exigió apremiante:

—¡Vamos, que tengo prisa!

De este modo se le abrieron fácilmente las tres o cuatro puertas que hubo de trasponer hasta llegar a la celda de Williams. El carcelero la encerró dentro con el preso: un informe montón de carne, que allá en un rincón permanecía acurrucado, deshecho y sin esperanzas de indulto.

—Hola, Williams—saludó Hildy, llegando hasta él.

—¿Qué quiere?—preguntó Williams con los ojos desorbitados.

—Soy Hildy Johnson. ¿Le molesta que charlemos unos minutos?

Aquel hombre, pálido, desencajado y con señales inequívocas de haber envejecido veinte años en tres días, otorgó insensible:

—¡Phss! Ahora no tengo otra cosa que hacer.

—Perfectamente.

Hildy tomó asiento junto al infeliz, en el borde del camastro.

—¿Ve usted?—dijo el preso son-

riendo amargamente—. No puedo alegar demencia, porque estoy tan cuerdo como el que más.

Hildy comenzó el interrogatorio.

—¿No mató al policía intencionalmente?

—No. Claro que no. Eso está en contra de mis sentimientos. Saben que fué un accidente...

—Cuando perdió el empleo, ¿qué hizo usted?

—Intenté encontrar otro trabajo.

—Aparte de eso, ¿en qué empleaba el tiempo?

—Pues..., iba a sentarme en un banco del parque.

Mirándole muy fijamente, Hildy preguntó:

—En el parque... ¿no oyó usted ningún discurso?

—¿Se refiere a esos que hablan de más?

—Sí.

—Verá usted; no ponía atención. Pensaba en mis cosas.

—Piense, piense... ¿No guarda algo en la memoria? ¡Algo en particular!

Williams rememoró trabajosamente:

—Sí, había un hombre que...

—¿De qué hablaba?

—Hablaban de la utilidad de las cosas.

Hildy frunció un mohín de extrañeza.

—¿De la utilidad de las cosas?—repitió.

—Sí. Decía que en el mundo todo se debe aprovechar.

Ella quedó pensativa unos segundos. Al fin volvió al interrogatorio.

—Un momento: cuando se vió usted con la pistola en la mano y el policía iba hacia usted..., dígame, ¿en qué pensaba?

—Pues...—balbució Williams vacilante.

—¿No podía ser en la utilidad de las cosas?

—No sé...

Hildy redobló sus esfuerzos.

—¿Para qué sirve una pistola?

—Para disparar, naturalmente.

—Puede que la empleara.

—Puede que la empleara para eso.

—Sí, claro..., sí—silabeó el reo—. No había tenido una pistola en mi vida, y... para eso sirven las pistolas. ¡Por eso quizá dispararía!

—¡Claro que sí!

Hildy poseía ya el tema para su magnífica interviú, en defensa de la irresponsabilidad de Williams. Dos minutos después, desandaba el camino en dirección a la sala de Prensa, donde febrilmente empezó en la máquina a teclear, absorbida por la tarea; tan absorbida, que las chanzas y bromas de sus colegas no la estorbaban gran cosa para ello.

No llevaría mucho tiempo redactando su artículo, cuando el teléfono la reclamó. Era Pedro, su prometido.

—Dime..., ¿cómo? Pedro, ¿dónde estás?

La voz de Pedro, plena de angus-

tia, la dijo que estaba detenido por la policía.

—No te preocupes. En seguida voy.

Rápida como una centella salió Hildy en busca de su novio papanatas. ¿En qué jaleo le hallaría metido? Y tan veloz salía, que en la misma puerta se dió de bruces con el juez, que en aquel momento penetraba en la sala de Prensa.

—Pero... ¿dónde va tan de prisa? —pregunto echándose mano a un pie donde el pisotón fué mayúsculo.

—La leona va a defender a sus cachorros—dijo uno de los circunstantes, zumbón e irónico.

La entrada de Hildy en la Comisaría donde estaba detenido Pedro Baldwyn, fué tan aparatosa como la salida del Juzgado. Allí se enteró de que a su prometido se le acusaba nada menos que de robo.

—¡Pero si soy inocente!—juraba el infeliz—. Te aseguro, Hildy, que no hice nada. ¡Yo no he robado en mi vida!

Ella le creía, porque de sobra estaba enterada de la bondad del muchacho. Además, le constaba que en todo aquel enredo no debía andar muy ajena la mano oculta del lioso Walter Burns. Pero la certeza de Hildy no era suficiente para conseguir la libertad. En la Comisaría los hechos se aprecian de manera distinta, y no había razonamientos que les convencieran de lo contrario.

—Vamos Wiki, suéltale—intercedía Hildy.

—No puedo—oponía terco el funcionario—. Sé le acusa de haber robado un reloj, y lo hemos encontrado en su poder.

—¡Yo no he robado nada!—exclamaba muy apurado Pedro.

—¡Cállate!—exigió ella.

Y dirigiéndose nuevamente a Wiki preguntó:

—¿Y quién es el que le acusa?

Cuando Wiki la dijo el nombre, Hildy no pudo reprimir una oleada de sangre que se le agolpaba al rostro. Nada menos que Diamont Luis, un estafador profesional, carterista, ratero, cliente de Sing-Sing..., y frecuentador del despacho de Walter Burns, por quien rodaba si era preciso... Indudablemente, todo aquello era obra del zángano de Walter; pero..., ya las pagaría todas juntas.

Por otra parte, Pedro se hacía cruces y devanaba sus sesos, pensando de dónde le podría a él venir aquel desagradable entuerto.

—No sé—decía—quién puede hacer conmigo cosa semejante. Nunca he tenido enemigos, que yo sepa.

Hildy prefirió no hacerle caso, y atenta a todo, preguntóle de pronto:

—Pedro, ¿llevas ahí el cheque?

El inefable inocentón rió feliz al evocar el lance del cheque:

—Sí—añadió—. Está en el sombrero.

—¡Ja..., ja..., ja!... Es muy cu-

riosa la superstición que tenéis los periodistas. Me hace gracia.

Hildy le miró como para confundirle.

Pedro, cuya ingenuidad iba lindando con la tontería, expuso esta consideración.

—Al principio creí que hubiera podido ser Walter el culpable de lo que me pasa, pero... luego me di cuenta de que es incapaz.

—¿Por qué?—rugió ella casi, cansada de tanto candor en él.

—Porque es muy buen muchacho.

Hildy le volvió a mirar como para arañarle.

A renglón seguido, Pedro echó de menos su cartera que, indudablemente, le habían robado.

—Es igual, dijo Hildy—. El di-

nero, afortunadamente, lo tengo yo, Dame el cheque para que le guarde.

Baldwyn, todo compungido, echó de menos una cosa que llevaba dentro de la cartera.

—¡La foto que nos hicimos en Bermuda!

—¡Echarás de menos tantas cosas!...—sentenció ella.

Una vez que hubo guardado en su bolsillo el cheque, se dispuso a marchar.

—Espérate aquí. Vuelvo en seguida; y nos iremos en el próximo tren.

Y sin más decir, abandonó la Comisaría, dejando a su prometido con la boca más abierta que el Arco del Triunfo.

IV

Con un talante de mil demonios, Hildy llegó de nuevo hasta la Sala de Prensa del Juzgado. Y fué tan inesperada su irrupción en la estancia que los restantes gacetilleros no tuvieron tiempo de disimular que en aquel preciso momento se estaban ocupando de la próxima felicidad de su compañera.

—Yo no le doy a ese matrimonio ni dos meses de duración; y apuesto tres contra uno. ¿Acepta alguien?

Una voz femenina resonó a su espalda.

—¡Yo acepto esa apuesta!

Al volverse, todos quedaron de una pieza, pues la que tan gallardamente aceptaba el reto era, ni más ni menos, que la propia Hildy, quien sin conceder al lance mayor importancia, dirigióse al teléfono. Mientras hacía girar el disco marcando números, espetó a sus "protectores".

—Luego dicen que las mujeres, pero también los hombres sabéis cotillear.

A punto ya la comunicación, habló por el receptor.

—¿"Diario de la Mañana"? Póngame con Walter Burns, por favor.

Una brevísima pausa, durante la

que se pudo percibir claramente el impaciente repiquetear de un pie sobre el entarimado del piso. Era Hildy, que así aliviaba un poco su impaciencia.

—¿Eres tú, Walter?—rompió al fin la muchacha—. Tengo grandes noticias... no... sí... La entrevisté muy bien, pero hay algo más importante que eso. Mejor es que cojas un lápiz. Te iré dictando.

Si Walter hubiera podido observar en estos momentos el rostro sombrío de su interlocutora, adivinaría toda la "filípica" que se le venía encima. Pero, ¡oh manes de la retrasada televisión! Walter creyó de buena fé, y contento trajo lápiz y cuartillas, disponiéndose a taquigrafiar la mejor entrevista que vieran los siglos. En vez de entrevisté, lo que escuchó por el auricular fueron toda esta serie de piropos amables.

—¡Eres un repugnante chimpancé, y no vas a tener entrevista ni vas a tener artículo, y además te llevaré tu cheque dentro de veinte minutos! Aunque supiera que te estabas ahogando, no acudiría a echar-te una mano; y si te pones a mi alcance alguna vez, te machaco ese cráneo de orangután que tienes,

para que suene lo mismo que un "gong" chino.

Walter, haciéndose de nuevas, no acertaba a explicarse el porqué de aquel "bombardeo"; y esto, en vez de calmar a Hildy, contribuía a exasperar más aún el coraje que estaba demostrando.

—¡Ah! Conque... ¿no sabes por qué estoy furiosa contigo? Mejor es que le digas a Luis que te cuente la historia de tu reloj. Y tengo otra cosita más que decirte. Espera.

Rápidamente alargó su mano libre hasta la máquina de escribir, y, de un tirón, arrancó del rodillo la cuartilla donde dejó mediado el tan cacareado artículo para Walter. En rabia inusitada, lo estrujó entre sus dedos, y después, con los dientes, lo redujo a añicos.

—¿Has oído?—dijo por el auricular.

—Acabo de romper el reportaje.

Walter debió protestar:

—Sí, querido; ya sé que teníamos un convenio. Dije que lo escribiría, pero no prometí no romperlo. Ya está hecho pedazos en el suelo. Espero hacer contigo lo mismo algún día.

De un recio manotazo abandonó en su sitio el receptor, dando así por concluida la conferencia.

—Bueno, amigos—dijo, volviéndose hacia sus compañeros—. Esta es mi despedida del periódico; voy a ser mujer, y no más máquina de noticias. Pienso tener muchos hijos

y cuidarlos, consagrándome sólo a ellos, y el día que los vea ojear un periódico, les parto la cabeza... ¿Dónde está mi sombrero?...

En verdad que ninguno había visto nunca tan enfurecida a Hildy.

—¿Y mi sombrero?—repitió casi colérica.

Sonó el teléfono, y uno de los reporteros púsose al habla.

—Diga. Es el señor Burns. ¡Sí; aquí está todavía!

Preguntaba por Hildy; pero ésta, despreciando olímpicamente el receptor, volvió a depositarlo violentamente, cortando la comunicación.

—¿Y mi sombrero?...

Quedó cortada cuando advirtió por fin que no encontraría jamás el sombrero más que encima de la cabeza, que era donde lo tenía desde hacía dos horas.

* * *

El reputado médico alienista, doctor Epeíhofer, llevaba ya cerca de una hora sometiendo al infeliz condenado Williams a un nuevo reconocimiento, aunque sin esperanzas de algo en qué fundamentar la irresponsabilidad de aquel desdichado.

Williams, escéptico por temperamento, sabía que todo aquello era inútil y se mostraba cansado. Sabiendo al fin que a la madrugada siguiente le esperaba, no quería sino que le dejaran tranquilo. Tan desesperanzado estaba de todo. El

juez, el médico; todo el mundo allí, no vivía sino pensando en las próximas elecciones, donde todos esperaban algo y sus actos, sus decisiones, hasta sus saludos se efectuaban sabiamente y pensando en probables votantes. La masa, bárbaramente pedía la cabeza del reo, y allí estaban aquellos hombres prestos a darle gusto.

Por eso Williams, que estaba en antecedentes de todo, sabía que nada, a no ser un milagro, le libraría del "corbatín".

La puerta del despacho del doctor abrióse, dando entrada al juez, que llegaba de prisa y excusándose por el retraso.

—Esos muchachos de la Prensa acabarán por volverme loco...

—Esos periodistas... —evocó el médico—. ¡Qué trastada me hicieron en Chicago! ¡Siempre pidiéndome noticias!

—Y a mí también.

—Desde luego—advirtió el doctor—. Esta vez he prometido darles el informe cuando termine aquí. ¿No le importa?

El juez se amoscó:

—Usted perdona, pero los informes deben tenerlos por mí.

Epelhofer propuso a cambio:

—¿Qué le parece concederles una especie de interviú conjunta? Yo podría informarles sobre el aspecto

psicológico del caso y usted sobre...

—¿Opina usted que deben fotografiarnos juntos?

—Sí, sí. Desde luego. Claro que yo no soy muy fotogénico.

Y de esta suerte, adentráronse por el sendero de la majadería, olvidándose de que el desgraciado Williams estaba más postrado cada vez. Fué preciso que él mismo les advirtiese sobre ello:

—Doctor—suplicó—. No puedo más de cansancio. ¿Podría volverme a la celda?

Pero no. La prueba no estaba definitivamente concluida, aun cuando su resultado final fuera igualmente desfavorable a Williams.

El doctor ordenó apagar la luz, y una vez completamente a oscuras preguntó al reo:

—Vamos a ver, señor Williams. Ya sabe usted que va a ser ejecutado. Díganos quién es el responsable de ello.

La respuesta fué el ver a Williams que, al encender la luz, encañonaba con una pistola a sus interlocutores.

—¡Quietos, o disparo!

Rápidamente salió de la habitación, sin perderles la cara, y, una vez fuera, cerró con llave. Los minutos que tardaron en abrirles, a él le eran precisos para escapar.



—¡Quietos, o disparo!

Durante unas horas fué tema apasionante de la ciudad la fuga audaz de Williams, al que no se encontraba ni vivo ni muerto. Gran número de policías uniformados acosaban, cercaban y acorralaban edificios de donde pensaban haber percibido disparos, y luego, al registrar, no se encontraba de Williams ni el rastro. Los gacetilleros de todos los periódicos no daban paz ni sosiego a sus piernas, yendo de uno para otro lado. Todo el mundo en conmoción, y el evadido sin parecer. Fué preciso hasta anunciar públicamente la oferta de diez mil dólares de recompensa a quien entregara, vivo o muerto, a Williams. A pesar de todo ello, al preso parecía habérselo tragado la tierra.

* * *

El teléfono sonó insistentemente en el despacho del director del "Diario de la Mañana". Walter que, anhelante, aguardaba sensacionales noticias de sus hombres sobre el suceso que apasionaba, tomó rápido el receptor y en seguida distinguió a Hildy en la voz.

—Oye, Walter—decía ésta—. Ya sé cómo consiguió Williams la pis-

tola y se escapó. Tengo la exclusiva, sí...; será un reportaje estupendo. Me costó cuatrocientos cincuenta dólares el que cantara Julián.

—No importa—rugió feliz Walter aferrándose al auricular—. Dime cómo ha sido.

—Espera un momento y te lo diré todo; pero te advierto que he tenido que darle todo cuanto llevaba encima; y el dinero no era mío, sino de Pedro. Tienes que devolvérmelo.

Después de asegurarse ampliamente que le devolvería el dinero, Hildy narró la versión del suceso.

—Es algo que parece imposible. Por lo visto, el sabio doctor Epelhofer, el profundo pensador de Nueva York, quería hacer con Williams una prueba final en el despacho del juez; eso que hacen ellos de... pinchar a la gente para conocer sus reflejos.

Walter, sin pestañear, seguía el hilo del relato.

—Entonces decidieron reconstruir el crimen, con el fin de observar la reacción del acusado; y ahora viene lo bueno. Hubo que darle una pistola para reconstruir el crimen y se la dieron cargada y todo...

Walter rechazó aquello.

—No; hablo en serio. Me falta la imaginación para inventarlo.

Naturalmente, Burns se resistía a creer que aquellas gentes obraron con tal candor.

—Fíjate—bromeó Hildy—. Si al juez y al médico se les hubiera ocurrido darle un paraguas...

—¡Eres maravillosa, Hildy!—aprobó Walter muy contento—. No te preocupes por el dinero; lo tendrás dentro de quince minutos.

—Mira que no puedo esperar mucho—advirtió ella—. Pedro está abajo, esperándome con un taxi para marcharnos a sacar los billetes.

—No te preocupes; ahora mismo te los lleva Luis. Muchas gracias, Hildy, y suerte en tu luna de miel.

Al decir esto su rostro se contrajo en una mueca de cinismo.

—No; no me des las gracias; envía el dinero y basta.

Una vez que se despidió de ella,

Walter llamó a su despacho a Luis, el estafador, carterista, timador, etcétera, que ya tenemos el disgusto de conocer.

—Luis, necesito cuatrocientos cincuenta dólares falsos.

—No creo que sea muy fácil—dudó el interfecto rascándose la coronilla.

—¡Si no son más que cuatrocientos cincuenta! ¿Dónde puedo conseguirlos?

El granuja de Luis guiñó picarescamente un ojo y, sonriendo, otorgó:

—Yo los tengo, hombre.

—Se los vas a llevar a Hildy...

Luis, que vivía al margen de la ley con todo el mundo, menos con Walter, salió disparado como un gamo a cumplimentar el encargo.

Se colocaban los cimientos de otro soberano jaleo, donde aparecía de única víctima, ¡cómo no!, el bobalicón de Pedro.

—¡Hola, Hildy!—dijo Luis al hallarse en presencia de ella.

—Sinvergüenza, traidor..., debía de darte un...—amenazó Hildy en tono casi festivo. ¿Has traído mi dinero?

—Aquí está—dijo solemne el ratero, sacando los billetes del bolsillo—. ¡Cuatrocientos dólares!

—Cuatrocientos cincuenta—rectificó ella.

—Bueno, mujer, no es para enfadarse.

Y con evidente disgusto se desprendió de aquellos cincuenta dólares que pensaba escamotear; pero en venganza exigió:

—Debes darme un recibo, Hildy.

—Un palo debía darte...

—Ya me han dado muchos.

—Y los que te faltan.

Reparando de pronto en algo que faltaba, agregó:

—¡Ah! Dame también la escarcela del señor Baldwyn.

Luis intentó hacerse de nuevas:

—¿Que te dé... la...?

—Su cartera. ¡Vamos, dámela!

Ante tan decidida actitud, Luis echóse mano al bolsillo y de él sacó la flamante cartera que no hacía mucho tiempo sustrajo a Pedro

—Está bien, Hildy—otorgó—. Lo

hago por tí, porque te quiero; pero dile a ese negociante que tenga más cuidado en estos tiempos... Ya tú me entiendes.

Y con todo el aire de gran señor que adoptaba en trances semejantes, abandonó el edificio del Juzgado, donde no podía remediar un escalofrío de terror supersticioso.

Cuando Hildy quedó sola dispúsose a reanudar su reportaje, sentada a la máquina; pero, de pronto, cambiando de idea, fué al teléfono y marcó el número del teléfono de la Redacción del "Diario de la Mañana".

Era aquella hora, la del atardecer, muy propicia a grandes sorpresas. Por los dos ventanales de la Sala de Prensa del Juzgado penetraba una luz cada vez más gris, que insensiblemente sumiría de allí a poco en penumbra la estancia. No había nadie más que Hildy, pues los restantes gacetilleros de otros periódicos hacía bastante tiempo que se marcharon.

Esperaba, bien ajena a la presencia allí de un nuevo personaje, cuando a sus espaldas sonó una voz ronca que, imperiosamente, la exigía, amenazando con disparar sobre ella:

—¡Deje el teléfono!

—No se moleste—replicó Hildy sin inmutarse apenas.

—No he de consentirle que me descubra—rugió de nuevo el recién llegado.

Hildy, obligada por las circunstancias, abandonó el receptor, y lentamente volvióse hacia el desconocido, que dejaba de serlo:

—Deje ese arma, Williams. No puede disparar. Recuerde que soy su amiga. Iba a escribir su relato sobre la utilidad de las cosas.

Williams remitió en su amenazadora actitud y dejó caer los brazos con desaliento, mientras de sus labios brotaban casi ininteligiblemente estas palabras:

—Sí, es verdad. ¡La utilidad de las cosas!

—No pretenderá herir a una amiga—dijo ella, acercándosele poco a poco. Williams engallóse de nuevo:

—¡No se mueva! Puede que sea usted amiga mía, o no; pero no se me acerque. Ya sé que en este mundo no se puede confiar en nadie.

El estado del desgraciado Williams era deplorabilísimo. Acorralado como un gato rabioso, no encontró sitio más eficaz para ocultarse que el mismo Juzgado; y allí, entre cortinajes, buscando las vueltas a todo el que al entrar pudiera descubrirle, y dispuesto siempre a vender cara su libertad, había permanecido durante muchas horas. Cuando salió ante Hildy, pue-

de asegurarse que no podía resistir más el escondite: se ahogaba. Ella, que se hacía el cargo del estado del infeliz, por quien no dejaba de sentir cierta simpatía, trataba a todo trance de infundirle confianza:

—No disparará, porque usted no es capaz de matar.

Por segunda vez, el infortunado volvió a caer en el mayor de los desalientos:

—¡Es verdad! No soy capaz.

—Lo comprendo—aseveró Hildy, dirigiéndose hacia la puerta:

Williams, receloso, volvió a encañonarla:

—¿Adónde va?

—Iba a cerrar esa puerta para que no le vean.

—No es verdad—dijo él con rabia—. Iba usted a llamar a alguien, pero no la dejaré. Lo que quiero es que me dejen tranquilo.

Por segunda vez, Hildy negó que fué a tal cosa; pero Williams, poseído de intensa crisis nerviosa, disparó los dos tiros que le quedaban en el cargador. En la habitación resonaron las dos detonaciones. Cuando acabó la munición, Hildy acercóse a él, y con singular energía le reclamó:

—Deme eso.

Como un autómatas, Williams entregó el arma, al tiempo que se dejaba caer destrozado sobre un butacón:

—¡No puedo más! —balbució como en un susurro.

—Por esas detonaciones van a saber que está usted aquí—manifestó muy apurada ella.

—No me importa ya nada. No tengo miedo a morir.

Poseído como un loco, comenzó a gritar frenético:

—Me despiertan a media noche para hablarme de cosas que ni ellos mismos entienden... Quisiera que me cogieran de nuevo y me ahorcaran de una vez.

—Y lo harán como no se calle—dijo Hildy, cada vez mejor dispuesta hacia él.

—Otro día como éste no lo podría resistir.

—Ni yo tampoco.

Rápidamente cerró las ventanas, y acto seguido dirigióse al teléfono:

—Señorita: póngame con Walter Burns.

Inoportunamente por otro teléfono, reclamaron a Hildy. Era Pedro, su prometido, que al parecer se cansaba de esperar:

—Aguarda, Pedro. Dije que tardaría veinte minutos, pero ha ocurrido algo inesperado. Un segundo, Pedro, y te lo explicaré todo.

Seguidamente habló por otro teléfono:

—Walter: soy Hildy. Ven inmediatamente. He cogido a Earl Williams en el Departamento de la Prensa...

Walter se resistía a creerlo; pero ella juraba y perjuraba decir verdad.

Alternando las dos conferencias por ambos teléfonos, Hildy encaróse ahora con Pedro:

—Sí, querido: esto es lo más grande de mi vida.

La alegría de la muchacha por su éxito periodístico vióse de pronto turbada por unos golpes dados a la puerta. Alguien llegaba. Pero su temor vióse prontamente disipado al cerciorarse que quien pretendía entrar no era sino Mollie Malloy, la prometida del desgraciado Williams, que angustiosamente le buscaba para advertirle que le matarían como a un perro. La joven reportera resistíase a franquearle la entrada, porque su presencia podría interceptar los planes de ella. A través de la puerta, que permaneció cerrada, habló así a la recién llegada:

—No puedo abrir. Estoy muy ocupada. ¿Quiere marcharse?

—Imposible—decía llorosa Mollie—. Le tienen rodeado y le van a matar.

—También la buscan a usted. Mejor es que se marche.

La voz de Mollie se hizo suplicante:

—Dígame dónde está. Tiene que decírmelo..., no tengo miedo a... Usted sabe dónde está.

—Le diré dónde está—propuso Hildy con intención de alejarla de allí. En la calle del Centro...

Mollie parecía presta a convenirse, cuando la voz de Williams llegó a sus oídos:

—¡Mollie! ¡No te vayas!

Hildy, viendo truncado su plan, renunció a seguir negando:

—Está bien—dijo—. Pase entonces, y siéntese.

Descorrió el pestillo y franqueó la entrada a la pobre mujer, dejándola apenas el sitio escaso para pasar.

Mollie, se precipitó en los brazos de su amado, empapando con lágrimas uno de sus hombros.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Por la tubería—manifestó Williams—. Yo no quise matarle; te aseguro que no.

No le hacía falta jurarlo. Ella le creía y le constaba que todo fué fatalidad.

—Tú crees en mí, ¿verdad, Mollie?—preguntó Williams.

—¿Cómo no voy a creerte?—sollozó ella, apretándole contra sus brazos.

—No llores, Mollie—la animó Williams.

—Tengo que sacarte de aquí, sea como sea.

—¿Está usted loca?—protestó Hildy, consciente del peligro—. No podrían bajar la escalera sin que los vieran.

—Pero es que permaneciendo aquí, van a descubrirle.

—Déjeme pensar—dijo Hildy haciendo poderosos esfuerzos de imaginación para dar con la fórmula salvadora.

—Hay que hacer algo antes de que regresen los demás periodistas.

Desde luego, el peligro era manifiesto, puesto que la estancia, si estaba sola, ello se debía a que todos los informadores de Prensa que se reunían allí en espera de noticias habían sido invitados a presenciar para sus respectivos periódicos, la captura del peligroso Williams, que creían estaría, según confidencias, escondido en cierta casa de la calle del Centro. Como el chasco iba a ser mayúsculo, Hildy pensaba, y no sin razón, que la vuelta de aquellos hombres no se haría esperar.

Williams, desesperado, exclamó con rabia:

—Que me cojan. ¡Ya todo me da lo mismo!

—No—revolvióse su esposa—. ¡Tenemos que impedirlo!

El ruido de múltiples pasos que se acercaban, ascendiendo por la escalera, tintó de terror el lindo rostro de Hildy.

—Ya es tarde—balbució.

Efectivamente; unas recias llamadas de golpe de nudillos les hicieron ver claro. Los periodistas regresaban.

—¿Quién ha cerrado por dentro?—preguntaba a gritos desde fuera Endicotte, que era quien aporreaba la puerta.

Nadie le respondió, porque en ese momento la idea salvadora brotó en el cerebro de la joven reportera. A media voz, y sin tiempo que perder, ordenó al fugitivo:

—Vamos, Williams; escóndase en este escritorio.

Y al decir esto le indicaba un buró grande que, adosado a la pared y descorrida la tapa, nadie o casi nadie usaba.

—¿Para qué?—exclamó con desaliento el infeliz—. Si es inútil.

Pero Hildy, que sabía bien por qué lo decía, apremió:

—Vamos, pronto; escóndase, antes de que sea demasiado tarde.

Williams tumbóse cuan largo era sobre el tablero del buró, y en seguida Hildy echó la tapa de persiana, de tal manera, que quedó oculto como para que nadie diera con el paradero del que tanta gente buscaba inútilmente. Una vez concluido, Hildy aconsejó a Mollie:

—Usted cálmese; disimule un poco y siéntese aquí.

A todo esto, y como los golpes en la puerta fueran en aumento, Hildy, ya en voz alta, dijo para que la oyeran los impacientes que querían entrar:

—Ya voy, ya voy. ¿Qué intentáis? ¿Derribar el edificio?

Descorrió el pestillo y, como en tromba, se precipitaron en el interior de la habitación Endicotte y cuatro periodistas más.

—¿Crees que este cuarto es sólo para ti?—gruñó malhumorado uno de ellos.

—También nosotros tenemos que hablar por teléfono—agregó un segundo.

Wilson, que era quien había hablado últimamente, reparó, sorprendido, en la presencia de Mollie.

—¿Por qué está aquí Mollie?

Hildy, a fin de justificar la presencia de aquella desgraciada, suplicó a uno de los recién llegados:

—Id a buscar un frasco de sales, por favor. Subió y le ha dado un mareo.

—¿Qué le pasa?

—¿Qué tiene?

—No me encuentro bien—dijo con voz débil Mollie.

—¿No te habrás encontrado a Williams?—preguntó Endicotte con la peor idea.

Mollie iba a responder con una barbaridad al humorismo tan de mal gusto de su interlocutor, pero prefirió callar. Era mejor.

—¿Dónde se esconde?—preguntó a su vez Wilson sin un ápice de compasión hacia la infeliz.

—¿Queréis dejarme tranquila?

—rogó Mollie con singular energía.

Nuevos colegas fueron llegando hasta allí, con el cansancio que el chasco les había producido, y dos segundos después todos los teléfonos de la habitación estaban ocupados por ellos, que daban las novedades a sus respectivos periódicos.

—Falsa alarma—decía Wilson con el receptor pegado al oído—. Rodeó la casa la Policía, pero Williams no estaba allí.

Por otro teléfono, Murphy vociferaba para mejor hacerse entender:

—Se ve que pasa algo. Las fuerzas de la Policía están todas ahí fuera. ¡Vaya cacería!

Mollie e Hildy no pudieron reprimir un vago gesto de contrariedad.

Otro gacetillero, Sanders, hizo su aparición en la Sala de Prensa.

—¿Traes alguna noticia?—preguntó anhelante Hildy.

—Sí. Que no estuve más cansado en mi vida—respondió el aludido, dejándose caer sobre el diván.

Cinco minutos después la calma empezó a renacer en aquel hormiguero; los teléfonos empezaron a enmudecer, y aquellos hombres, uno a uno, fueron tomando asiento donde podían, acomodándose, en espera de alguna noticia sensacional.

—¿Quién ha bajado las cortinillas?—preguntó de repente Murphy.

—Fuí yo—respondió Hildy—. Me molestaban las luces de fuera.

En seguida ésta púsose a terminar a la máquina su sensacional artículo. Murphy, a continuación, dirigióse al resto de sus compañeros para manifestar una sospecha:

—Ya veis: tengo idea de que Williams no está por donde le andan buscando. A lo mejor está en este mismo edificio.

Nuevamente las dos mujeres se agitaron en un movimiento de inquietud.

A renglón seguido, tan inopinados contortulios pusiéronse a formular cábalas y opiniones acerca de la ori-

ginal evasión de Williams, a quien reconocían, desde luego, una habilidad suprema para las fugas.

Hildy, con tacto singular, ideó la manera de alejar de allí a toda aquella caterva:

—Los cerebros empiezan a trabajar—manifestó en tono humorístico—. ¿Por qué no os vais a casa? A lo mejor Williams va a hacer una visita.

—¡Mira que si estuviera aquí en la casa!—calculaba Murphy, que en aquel "torneo de intuición" resultaba el más peligroso.

Pero la muchacha, haciendo gala de una serenidad pasmosa, acució:

—¿Por qué no registráis el edificio? Mirad en un piso cada uno.

Pero no. Aquello era demasiado trabajo, y todos unánimemente declinaron la labor.

—¿Por qué no?—insistía Hildy, que veía en ello una posible manera de alejarlos de allí el tiempo preciso para que saliera a la calle Williams.

—Pero... ¿qué clase de periodistas sois vosotros? El mejor reportaje del año, y por pereza lo dejáis escapar.

—Tanto interés puso en sus palabras, que Murphy empezó a caer en la cuenta:

—Oye, Hildy—dijo, encarándose con ella—. Te conozco mucho y me parece que quieres echarnos... ¿nos ocultas algo importante?

—¿Serás capaz?



Hildy aconsejó a Mollie:

—Usted, cálmese; disimule un poco y siéntese aquí.



—¿Queréis dejar a la chica tranquila?—dijo, encarándose con todos ellos.

—¿Qué sabes?

Y así hasta un sin fin de preguntas, que abrumaron por un momento la paciente serenidad de Hildy.

—¿Estáis locos? ¿En el momento en que me retiro de la profesión...?

Endicotte, como el que ha concebido una idea sublime, expuso a sus compañeros:

—A lo mejor, Mollie le ha dicho cómo consiguió escapar Williams.

Y cual si esta sugerencia torpe hubiese sido señal, todos encauzaron ahora el aluvión de preguntas sobre la infeliz Mollie:

—¿Dió usted la pistola a Williams?

—Hable, Mollie.

—Vamos, ¡confíese!

La interfecta procuraba defenderse débilmente de aquellos caimanes, pero perdía terreno ostensiblemente. Gracias a Hildy, quien dándose cuenta de ello acudió en auxilio de su compañera:

—¿Queréis dejar a la chica tranquila?—dijo encarándose con todos ellos.

Alguien iba a responderla, quizá con una inconveniencia, pero la entrada de un nuevo personaje que al parecer no venía de muy buen talante, interrumpió el debate:

—Muy buenas.

¿Quién sería aquella señora respetable, en cuyo rostro se advertían evidentes señales inequívocas del humor de mil diablos que traía?

Ninguno, a excepción natural-

mente de Hildy, la conocía. Se trataba de su futura mamá política, o sea la autora de los días del tonto Pedro Baldwyn.

—Señora Baldwyn...; ¡mamá! —exclamó Hildy, tendiéndola los brazos. Pero la vieja, con gesto agrio y tono feroz, la rechazó:

—No me llames mamá. Basta de jugar con mi pobre hijo. Por tu culpa ha estado encerrado.

Aquella buena mujer venía a complicar las cosas más aún de lo que estaban. Por ello, Hildy, tragando saliva y haciendo acopio de paciencia, intentó disuadirla de tal actitud:

—¡Por Dios, mamá! Yo la explicaré todo.

—Perdimos ya dos trenes y aún piensas ser su mujer mañana.

Hildy sonrió a la fuerza:

—Voy con ustedes dentro de cinco minutos.

—No vendrás conmigo de ningún modo—volvió a rechazar la venerable señora—. Dame el dinero de mi hijo y quédate aquí para siempre, si te parece bien, con ese criminal que has cogido.

Todos los circunstantes, a excepción lógica de Mollie y de Hildy, quedáronse sorprendidos sobremanera; y claro es, a falta de imaginación para colegir causas, aquellos pobres diablos, verdaderos monos mecánicos del periodismo, se desataron en otra sarta de atropelladas preguntas, proyectadas ahora sobre la señora Baldwyn:

—¿Qué dice?
—¿Qué criminal?
—¿Cómo...? ¿Cómo?

Y como la vieja no acertara a responder, porque en verdad nada sino lo escuchado a su hijo sabía, los mamelucos aquellos arremetieron contra Hildy, con la pretensión de que ella les revelara algo del paradero de Williams. Afortunadamente para éste, ella era una muchacha que controlaba sus nervios hasta el último momento, y negaba con tanta seguridad y firmeza como si fuera verdad lo que negaba:

—Os aseguro que no sé de lo que está hablando. Yo no he dicho nunca una cosa semejante.

La señora Baldwyn, hecha un basilisco, se puso ante ella en actitud desafiante:

—Me lo dijo mi hijo, y éste nunca miente. El tendrá la paciencia de esperarte por toda una eternidad a que bajes, porque es tonto, y no es porque sea hijo mío; pero nunca miente.

Hildy negaba cada vez más tenazmente, asegurando no haber salido jamás de sus labios aseveración semejante:

—Lo que yo puedo haber dicho es que estaba intentando descubrir dónde está el criminal.

Sus compañeros empezaron a torturarla aconsejándola que les dijese dónde se ocultaba Williams; algunos, casi amenazándola, la requerían para que hablase. La po-

bre Hildy empezó a asustarse al ver a aquel enjambre sólo atento a sacarle la revelación. Su entereza perdía terreno a ojos vistas.

Cuando ya parecían tenerla completamente acorralada, Mollie púsose en pie de un salto, y, fuera de sí, gritó como una loca:

—¿Por qué le preguntáis a ella? No sabe dónde está. Yo soy la única que lo sabe.

—¿Dónde está?
—Hable.

Mollie les miró con indignación, y mordiendo de coraje las palabras, recalcó:

—¿Ahora me decís que hable? ¡Cosa más rara! Hace unas horas tan sólo, no quisisteis oírme, y ahora me pedís que hable...

—No les digas nada, Mollie aconsejó Hildy.

—Déjame tranquila; sé lo que debo hacer.

—Vamos: deja ya eso—gruñó Murphy, intentando tomarla de un brazo.

—No me toques—rugió Mollie, revolviéndose rápida.

Con inusitado refinamiento, prosiguió:

—¿Para qué queréis saberlo? ¿Para tener tema y escribir toda esa sarta de mentiras que hace que vuestros periódicos se vendan.

—Eso a usted no le importa—replicó Murphy, molesto por aquel atentado a su dignidad profesional.

—Pues, bien—agregó Mollie—Os voy a dar una ocasión y tema

para un gran reportaje: el mejor de vuestra vida. Sólo que esta vez va a ser de verdad.

Sin que nadie, ni la propia Hildy que estaba a su lado pudiera impedirlo, Mollie, de un salto encaramóse en el alféizar de la ventana; y puesta en pie, en actitud suicida, habló así por última vez antes de lanzarse al espacio:

—Hacedme hablar ahora.

Un grito de horror escapóse de todas las gargantas al ver desaparecer por el marco del ventanal a Mollie. Precipitáronse todos a ver,

y allá abajo, en la calle, yacía como un informe montón de trapos y carne sangrienta el cuerpo de la desgraciada.

—Una ambulancia..., ¡pronto! ¡Se ha matado!

—No. No está muerta: se mueve—aseguró Murphy observando desde la ventana.

Como verdaderas exhalaciones marcharon todos en dirección a la calle. En la Sala de Prensa del Juzgado sólo quedaron, además de Hildy, su distinguida futura suegra y el misterioso Williams.

para un gran reportaje: el mejor de vuestra vida. Sólo que esta vez va a ser de verdad.

Sin que nadie, ni la propia Hildy que estaba a su lado pudiera impedirlo, Mollie, de un salto encaramóse en el alféizar de la ventana; y puesta en pie, en actitud suicida, habló así por última vez antes de lanzarse al espacio:

—Hacedme hablar ahora.

Un grito de horror escapóse de todas las gargantas al ver desaparecer por el marco del ventanal a Mollie. Precipitáronse todos a ver,

y allá abajo, en la calle, yacía como un informe montón de trapos y carne sangrienta el cuerpo de la desgraciada.

—Una ambulancia..., ¡pronto! ¡Se ha matado!

—No. No está muerta: se mueve—aseguró Murphy observando desde la ventana.

Como verdaderas exhalaciones marcharon todos en dirección a la calle. En la Sala de Prensa del Juzgado sólo quedaron, además de Hildy, su distinguida futura suegra y el misterioso Williams.

VII

Cuando todos salían en tromba tropezáronse con Walter, que en ese momento llegaba, requerido, como sabemos, por Hildy.

—¿Lo viste?—preguntó ella bajo los efectos todavía de la dolorosa y desagradable impresión.

—¿Dónde está?—preguntó Walter.

—Se tiró por la ventana.

—Ya lo sé. Pero, ¿dónde está él?

—Gracias que no se ha matado —respondió ella, indicando con el dedo el sitio donde se escondía Williams.

—¿Dónde tienes escondido a nuestro hombre?

—Ahí, en el escritorio.

Walter acercóse al buró, y, dando unos golpecitos sobre la tapa, preguntó:

—¿Qué hace usted ahí?

Una voz desfallecida respondió:

—Sáquenme de aquí. No puedo más.

—Calle; si se está muy cómodo —bromeó Walter.

La señora Baldwin, en quien no reparaban, acercóse al grupo acuciada por la curiosidad:

—¿Qué hay ahí dentro?

Walter reparó en ella por vez primera, y molesto ante la presencia de aquella cacatúa, la espetó:

—¿Quién es usted?

Pero la vieja, lejos de intimidarse por el tono en que la preguntaba, preguntó a su vez:

—Y usted..., ¿qué es lo que está haciendo?

Hildy aclaró todo:

—Es la señora Baldwin, madre de Pedro.

—¿Qué vino a hacer aquí?—insistió todavía la testaruda anciana.

—¡Cállese, señora!

—No quiero callarme. Sé que hacen algo malo.

—¡Mamá, por favor! —suplicó Hildy, que veía complicarse las cosas aún más de lo que estaban.

Walter, sin ceder la menor importancia a tan curiosa intrusa, aconsejó despectivo a Hildy:

—¡Echala de aquí!

—¡Respétala, Walter!

—Verás... Va a ser lo mejor.

Y dirigiéndose a la puerta, llamó a alguien que debió quedar fuera esperándole:

—¡Luis!

Este último penetró dispuesto a llevar a cabo lo que le mandase el único hombre a quien obedecía ciegamente:

—Llévate a esta señora al manicomio—ordenó Walter, al oído de

su servidor, sin que la interesada se apercibiera de nada.

Y, en voz más baja todavía, agregó:

—Enciérrela, y que no hable con nadie por el camino.

—¿Qué les digo a los del manicomio?

—Que es una vieja muy peligrosa.

Con engaños, Luis pudo arrancar de allí a la buena señora. Cuando Walter quedóse a solas con Hildy, tuvo que desplegar todas sus dotes de persuasión para convencerla, ya que a todo trance se disponía a marchar en pos de su novio, quien ya estaría harto de esperar.

Invocó el periódico y la circunstancia, no frecuente, de tener capturado un criminal a quien todos los policías de los Estados buscaban como pachones. Todo era inútil: Hildy se marchaba, y ahí le quedaba a él su reportaje sensacional. Ella tenía que llegar a tiempo al tren de las nueve.

Walter redobló sus razonamientos, haciéndole patente la campanada que sería, al día siguiente, cuando se publicase su artículo, que contribuiría a poner al descubierto ciertos manejos políticos de los dirigentes de la Administración. A grandes rasgos le pintó la gloria y fama con que la aureolaría la popularidad: habría "cigarrillos Hildy", "calle de Hildy"; los productores la buscarían, ofreciéndola sumas enormes por su primera película... ¿Y todo

aquello lo iba a dar de lado por el hecho insólito de no perder el tren de las nueve para Bermuda?

—¡Calla, que pareces un sacamuelas!—le atajó ella.

—¿Eh?

—Hay que trabajar.

—¡Así me gusta verte!—exclamó contento Walter, que pensaba que podía contar ya con Hildy.

—¿Qué hacemos con Williams?

—Lo llevaremos a mi despacho particular—respondió él.

—¿Cómo vamos a sacarlo de aquí? Le verán.

—Si va dentro del escritorio, no. Podemos llevarnos el mueble.

En principio, la idea era magnífica; pero en seguida Hildy le vió los naturales inconvenientes:

—No va a poder ser. Hay muchos policías ahí fuera.

Pero para Walter no existían dificultades:

—Entonces lo bajaremos por la ventana. No te amilanes. ¡Verás!

Tomó el teléfono, y cuando estuvo en comunicación con el periódico, expresó de esta manera:

—¡Ah, Daffy! Toma nota. Tenemos el mejor reportaje del año. Earls Williams, capturado por el "Diario de la Mañana". Una exclusiva, sí. Quiero que se publique en primera plana... ¡En primera plana, idiota!... ¡Qué importa la guerra europea!... Esto es algo más importante. Hildy Johnson escribe el artículo, y te lo envío en cuanto lo termine. Escucha, Daffy: búscame a

Butch O'Connor, y dile que venga en seguida con una docena de hombres.

Daffy, altamente extrañado por la causa a que obedecería que le pidiese esos hombres, expuso algunas objeciones; pero Walter rehuyó dar explicaciones, prefiriendo cortar de este modo:

—Tengo que llevarme una mesa escritorio. No preguntes más.

Cuando se disponían a prepararlo todo, hicieron su aparición en la sala de Prensa, Pedro Baldwyn, sus chanclos y su imprescindible paraguas.

—Hilda... —apuntó tímidamente una vez traspuso los umbrales aquellos. Pero ella no le advirtió, enfrascada como estaba en un nervioso y febril teclear. De su numen estaba brotando el mejor de los reportajes.

—Hilda... —insistió nuevamente el recién llegado, acercándose a ella.

Walter, sin abandonar el teléfono, se encaró con él:

—¿Qué diablos quiere usted aquí?

—Hola, Pedro —exclamó Hilda, haciendo un breve alto en su tarea al darse cuenta de la llegada de su prometido.

Burns vociferaba por teléfono, no tanto para mejor hacerse entender, como para estorbar a propio intento el que Pedro y su novia llegaran a una inteligencia.

—Hilda..., he venido a hacerte una pregunta.

—Oiga, amigo—volvió a enca-

rarsele Walter—: sepa que aquí está prohibida la entrada.

—No estoy hablando con usted—replicó afriadamente el infeliz poseedor de aquel enorme paraguas.

Hilda, suspensa en su labor, se dispuso a escucharle.

—¡Vamos, Hildy, por lo que más quieras! —apremió Walter. al ver que había dejado de escribir—. ¡Que están esperando el artículo!

Pedro le miró con indignación. También su paciencia tenía un límite.

—¿Y mamá?—preguntó al fin—. Me dijo que venía a buscarte.

Hilda empezó a perder súbitamente el color. Miró a Walter, que despistaba simulando hablar con Daffy por el teléfono. ¿Cómo decirle el sitio donde en esos momentos estaría su futura suegra? Al fin, tragando saliva, pudo decir:

—Se marchó.

—¿Dónde fué?

—Pues... Pues... a dar un paseo.

—No lo entiendo—reconoció Pedro hecho un verdadero lío.

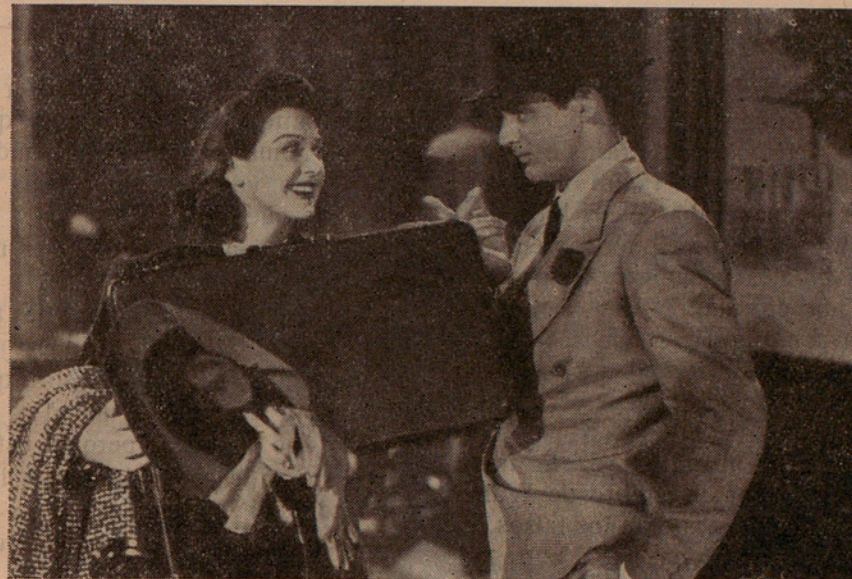
—¿Sabes si se llevó el dinero?—añadió.

—No, no. Se fué muy de prisa.

Pedro pareció adoptar una resolución:

—Entonces, dámelo a mí; es mejor.

—Cógelo—aprobó Hildy, reanudando su escritura para mejor disimular la turbación que la invadía—.



Todo era inútil. Hildy se marchaba, y ahí le quedaba a él su reportaje sensacional. Ella tenía que llegar a tiempo al tren de las nueve.



—Oiga, amigo—volvió a encararsele Walter—: sepa que aquí está prohibida la entrada.

Ahí está, en mi bolso, metido dentro de tu cartera.

—¡Qué cosas más raras están pasando!— apuntó Pedro al tiempo que se apoderaba de los billetes.

Walter se precipitó sobre aquellos billetes y empezó a examinarlos uno por uno.

—¡Eh, oiga! ¿Qué hace usted?— protestó Baldwyn.

—No, nada... Quería ver una cosa...

Toda la magnitud de la tragedia pasó por el cerebro de Walter. Aquellos billetes eran los falsos que Luis, por su orden, había entregado a Hildy.

—Tomaré el tren de las nueve— expuso Pedro al tiempo que guardaba en su bolsillo aquellos billetes, que tan mal rato le harían pasar poco después.

—Déjela tranquila. No sea pesado.

Por segunda vez, Pedro miró a Walter con las peores intenciones; pero prefirió no hacerle caso. Lo que le interesaba sobre todas las cosas era la opinión de Hildy.

—Por segunda vez, querida: ¿quieres venir conmigo o no?

Las voces de Walter impidieron que ella oyera estas últimas palabras, que repitió dos veces más.

—Ya es bastante, a mi go mío. ¡Déjela trabajar!—gritó Walter malhumorado.

—Usted se calla, imbécil—apostrofó Pedro, perdiendo su inagotable paciencia.

Hildy llevóse ambas manos a la cabeza ante aquel galimatías que los dos hombres estaban armando:

—¡Cómo voy a trabajar con el escándalo que armáis.

—El que tiene que callarse es usted—bramó Walter.

—¡Usted tiene la culpa de todo!—replicó Baldwyn, dispuesto a lo que fuera—. Estoy seguro que ella quiere librarse de usted y de todo lo que le rodea; pero es usted muy listo, y la atolondra hasta hacerla cambiar de opinión.

—¿Quiere hacer el favor de callarse de una vez?

—¡Hildy!—suplicó otra vez Pedro—; ¿serás capaz de abandonarme por un hombre como éste? Vamos, Hildy, vente conmigo ahora mismo. Cogemos a duras penas el tren de las nueve.

Pero en aquel momento, la personalidad periodística de ella predominaba sobre su natural femenino:

—Pedro..., espera un momento..., ¿no comprendes que esto es el acontecimiento de mi vida?

—Sí, sí; ya comprendo..., pero...

—¿Soy para ti una cosa despreciable, verdad?

Al decir esto, Pedro puso una cara tan compungida, que a Walter diéronle ganas de reír.

—Lo que pasa es que no me quieres, Hildy...

—No, Pedro, no digas eso...

—opuso ella, sin dejar de escribir a

la máquina aquel tan famoso artículo.

—Ahora que te conozco, veo que eres como los demás compañeros tuyos.

Cuando dijo estas palabras, el galán infeliz casi estuvo a punto de echarse a llorar.

—Si fueras un poco más comprensivo, te darías cuenta de que no puedo...

Walter púsose nuevamente a dar voces por el receptor, colérico contra Daffy, que no hallaba por par-

te alguna a O'Connor. Hildy dióse a teclear más aprisa y con mayor fuerza, y Pedro, vista aquella manera gentil de no hacerle el menor caso, decidió marcharse.

—Adiós, Hildy. Creo que no me quieres; pero si cambias de idea, recuerda que me voy en el tren de las nueve.

Y silenciosamente abandonó aquella estancia, donde su despedida no había sido notada por nadie; ni por Hildy siquiera.

VIII

Diez minutos después, los mismos que Walter tardó en dejar completamente solucionado el asunto del traslado de aquel mueble, abandonó el teléfono ¡por fin! Asomóse a la ventana. Era noche cerrada, y oscura por añadidura.

—¡Vaya, ahora no tenemos luna!—lamentó.

Dirigióse al buró, y con sumo cuidado levantó a medias la tapa. Allí permanecía el infortunado Williams, tumbado cuan largo era.

—¿Tiene bastante aire?—preguntóle.

—No hay mucho, no—respondió el fugitivo, intentando incorporarse.

—No se mueva.

Encarándose con Hildy, que silenciosamente y abstraída daba remate a su artículo, la preguntó:

—¿Qué tal va eso, Hildy?

—Muy bien.

Levantó por vez primera desde hacía diez minutos la cabeza de sus cuartillas, y echó en seguida de menos la presencia de su prometido.

—¿Y Pedro? ¿Dónde está?

—¿Pedro?—repitió Walter a su vez—. No sé. Debe haberse marchado.

—Pero... ¿dijo si volvería?

—Claro que vuelve...

Unos recios golpes estremecieron la puerta:

—¿A quién se le ha ocurrido cerrar esta puerta?—gritaba una voz tosca al otro lado de aquélla.

—¡Es Besinger, que llega!—estremecióse Hildy—. ¡Y ese es precisamente su buró! ¡Vendrá a escribir en él!

—¡Qué oportunidad!—rezongó Walter.

Los golpes seguían en intensidad creciente.

—¡Abran la puerta!...

—Oye: ¿cómo dices que se llama?—preguntó Walter, concibiendo una idea de las suyas.

—Besinger—afirmó ella—. Escribe en "La Tribuna".

No esperó saber más el diabólico Burns. Dirigióse a la puerta, y cuando descorrió el pestillo, franqueó la entrada a Besinger, quien quedó confundido cuando apreció el honor de verse recibido nada menos que por el director de un periódico:

—¡Ah! Si es el señor Burns...

—¿Qué tal, Besinger?—contó Walter, tomando precipitadamente una de las manos de su interlocutor.

—¡Ah! Pero... ¿me conoce?—preguntó pleno de alegre estupor el

inefable gacetillero de "La Tribuna".

Naturalmente que Walter no le conocía ni de referencias, pero el primer tramo de su plan exigía afirmar, y Burns, que no se paraba en barras, se deshizo en elogios sobre la obra de aquel pobre hombre, que, atacado en su vanidad, le escuchaba sonriendo de felicidad.

Besinger, en un breve lapso en la verborrea de Walter, intentó dirigirse al buró:

—Perdone..., pero tengo que coger de mí...

Walter plantóse ante él, y tomándole de los hombros, le sujetó cual si aquel ademán fuera una explosión de afecto sincero.

—¡Qué raro! Sí que es una coincidencia... ¿verdad, Hildy?

Besinger estaba hecho un lío. Pero su asombro llegó al colmo cuando oyó de labios de Walter las siguientes palabras:

—Precisamente el señor Daffy y yo esta mañana hemos estado recordándole a usted... a propósito del artículo que ha publicado hoy.

—¡Ah! ¿Lo leyó?—preguntó Besinger, hinchado de vanidad.

—¡Oh! ¡Es una maravilla!—elogió Walter, exagerando su actitud.

Ni Walter había leído el artículo de aquel majadero, ni sentía por su labor la más mínima curiosidad. Pero era preciso para su estrategia valerse de aquella vanidad, y ya sabemos que para Walter Burns no

existían obstáculos insuperables.

Cuando, por segunda vez, Besinger hizo intención de acercarse al buró, Walter exageró nuevamente su fingido entusiasmo, y quieras que no, le detuvo. Había que apelar a todo antes de que abriera el escritorio, porque ello equivalía a descubrir en él la presencia de Williams. Y como a grandes males, remedios heroicos, Walter apeló a un último recurso para alejar de allí a aquel inoportuno repórter.

—Besinger: ¿quiere usted trabajar para mí?

—¿Qué?—exclamó aquél, abriendo los ojos a todo su tamaño.

—Sí—prosiguió Walter—. Necesito un hombre como usted. Lo único que tengo en el periódico es gente prosaica...

Besinger tardó en creer que el señor Burns no le estaba tomando el pelo. Resistíase a tomarlo en serio; pero cuando vió que Walter hablaba por teléfono allí delante de sus narices con Daffy y le anunciaba la presencia y adquisición de Besinger, no tuvo más remedio que aceptarlo como bueno, máxime cuando le advirtió que no le regatearía en sus pretensiones.

Una vez colgado el receptor, Walter, empujando casi hacia la puerta a Besinger, le aconsejó:

—Vaya inmediatamente. Quiero que escriba un artículo sensacional sobre la fuga inexplicable de ese hombre.

—Comprendido. Algo folletinesco, ¿no?

—Exacto—aprobó Walter, dejándole ya en la misma puerta.

—Estoy profundamente agradecido a sus bondades, señor Burns—dijo Besinger, doblándose en una cortés reverencia.

—Nada... nada — decía Walter, echándole materialmente de allí, pues el tiempo urgía. Pero el buen hombre no se iba ni a tres tirones:

—¡Ah! Y si tuviera usted un puesto de corresponsal de guerra..., hablo el francés..., recuérdelo.

—Entonces... "au revoir"—dijo Walter empujándole definitivamente y cerrando en seguida la puerta.

—"Bon jour"—respondió Besinger desde fuera.

Nuevamente a solas con Hildy y con el fugitivo, que no contaba por estar escondido, Walter se explayó:

—Este tío es imbécil.

Tomó el teléfono, y al habla otra vez con Daffy, le aleccionó de este modo:

—Irás a verte el tal Besinger, de quien te hablé antes. Trátale con guante blanco y ponle a escribir alguna cosa... No... no... no nos hace falta. Solamente quiero que le entretengas hasta que salga el número extraordinario. Luego dile que su artículo es muy malo, y échale a empujones.

—¡Traidor... sinvergüenza!... — masculló Hildy.

—Tú lo has dicho. Con esta lec-

ción ese desgraciado no volverá a dejar su periódico sin despedirse al menos.

Pero ella le miró de un modo raro e inexplicable:

—Lo digo por ti. ¡Granuja! Engañas a todo el mundo.

—Vamos, Hildy. No te quedes parada; hay que terminar el artículo. Todo debe estar concluido para cuando lleguen por el escritorio.

Hildy, lejos de reanudar la tarea, exclamó casi con desaliento:

—¡De qué manera has complicado mi vida!... Yo debía estar ahora en el tren con mi...

—¡Eh, Hildy! Vamos, despierta—reclamó él.

—Déjame en paz. Soy una idiota por hacerte caso.

Luis, en un estado deplorable, cual si acabara de sostener cruenta batalla, presentóse otra vez allí.

—¡Luis! ¡Cómo vienes!—exclamó Walter al verle.

—¿Qué te ha ocurrido?—preguntó Hildy.

—¿Y la señora Baldwin?—inquirió a su vez Walter—. ¿Qué has hecho de ella? ¿Te ha pegado?

Luis, tomando alientos, empezó su narración:

—Ibamos por la Avenida a cien kilómetros por hora...

—Pero... ¿dónde está la señora Baldwin?—preguntó impaciente Hildy.

—Paciencia—recomendó Luis—. Atropellamos un automóvil de la

Policía, que, ¡naturalmente!, quedó hecho migas.

—¿Está herida, entonces?—insistió Hildy.

—Imaginad lo que es atropellar un auto de policías: salieron rodando como naranjas. Cuando me di cuenta, me encontraba en la calle Cuarenta y Tres.

Hildy creía morir de angustia:

—Pero... ¿no ibas con ella?

—Había ido—respondió Luis recalcando significativamente las palabras.

—¡Qué torpe eres!...—reprochó Walter—. Te entrego una dama para que la cuides, y la entregas a la Policía...

—Yo no la he entregado. La Policía iba en dirección prohibida.

—Es lo que nos faltaba—gruñó Walter—. Ahora se lo contará todo al comisario.

—No creo que pueda hablar mucho... ¿Me entiendes, verdad?

Hildy pegó un respingo:

—¿Qué dices? ¿Se ha matado?

—Hombre..., ¡te diré! Yo, con un revólver en el bolsillo y con una señora raptada, no iba a esperar a que la Policía me hiciera preguntas indiscretas... ¿Me entiendes, verdad?

—¡Muerta!... ¡Muerta!...—decía Hildy horrorizada—. ¿Con qué cara me presento yo ante su hijo? ¿Qué le puedo decir?

—Es la fatalidad, Hildy—dijo Walter para consolarla un poco. Pero no te preocupes: si te quiere de verdad, no tendrás que decirle una palabra. ¡Mírame, Hildy!

La muchacha levantóse airada y fué hacia su ex marido:

—Te miro, sí... Te miro, ¡criminal!

Walter creyó, por un momento, que la muchacha le iba a dejar los carrillos como un pentagrama; pero, afortunadamente para él, Hildy perdió fuerzas y cayó anonadada sobre un butacón.

IX

Hildy, en menos de un cuarto de hora, había telefonado a todas las clínicas de la ciudad, y en ninguna le daban razón del ingreso de la señora Baldwin, lo que venía a aumentar la perplejidad de la muchacha, que estaba en un verdadero atolladero.

Por otro lado, Walter, en uno de los teléfonos de la sala de Prensa, trataba de arreglar el asunto del traslado del escritorio, toda vez que los hombres que esperaba no aparecían. Al fin, y tras no pensarlo mucho, encargó a Luis de buscarle esos hombres que le hacían falta. Estaba seguro de que Luis era el único que no le fallaría.

La joven repórter, cansada de no obtener noticias de su futura suegra, decidió salir ella misma a encontrarlas.

—¿Serás capaz de dejarme en esta situación?—preguntó sorprendido Walter, que se aferraba ya al buró para tantear su peso.

—Me voy a buscar a la señora Baldwin. Iré al Depósito.

—¡No abras la puerta!

Ella, sin querer saber más, abrió la puerta en disposición de irse; pero no pudo lograr su propósito, pues en ese momento fué detenida por el

juez, que venía acompañado de varios periodistas.

—Dejadme salir... ¡imbéciles! Tengo que marcharme.

—No la dejaremos—sentenció el juez.

—Soltadme. Es que ha sufrido un accidente mi futura madre política.

—No saldrá de aquí—afirmó el juez con cara de muy pocos amigos.

Seguidamente, Murphy y Endicotte, que eran unos de los que acompañaban al juez, le pusieron a éste en antecedentes de que Hildy había permanecido antes encerrada con Mollie, y que seguramente sabría dónde se escondía Williams.

Walter creyóse en el deber de intervenir, y lo hizo como acostumbraba a realizar las cosas: por la tremenda. Al verse de tal forma interpelado, el juez, hizo uso de su autoridad, y dispuso la inmediata detención de los dos cónyuges. Pero no contaron con que ni ella ni él estaban dispuestos a dejarse coger. Por ello, Hildy tomó rápidamente de su escritorio la pistola que le entregara Williams, y tirándosela a Walter, le dijo:

—Ahí va eso.

Walter la cogió en el aire, y se-



—¿Qué tal va eso, Hildy?

—Muy bien.



—¡Es el hombre que tiene la culpa de todo!—dijo, indicando a Walter.

guidamente encañonó a todos los circunstantes.

—V a m o s , Burns; deme eso—aconsejó el juez.

Y dirigiéndose a la muchacha, la espetó:

—¿De dónde sacó esta pistola?

—Tengo derecho a llevar armas, si quiero.

—Pero no ésta.

Walter depuso su actitud, e hizo entrega al juez del arma, al tiempo que trataba de disculpar y justificar la tenencia de aquella pistola. El juez le atajó con estas palabras:

—Da la casualidad de que ésta pistola es la que usó el propio Williams para abrirse camino.

Aquellas palabras del juez armaron un revuelo más que regular. Hubo que ver a aquellos sabuesos de noticias preguntando todos a la vez, lápiz en ristre y prometiéndose los mejores y más estupendos reportajes sobre el caso Williams. Y la consecuencia de todo aquello fué la detención del matrimonio. Walter, que veía por los suelos todo su triunfo periodístico, con lo que quedaría malparado el "Diario de la Mañana", resistióse a tal disposición:

—Oiga usted, insignificante sabueso, encubridor de desaprensivos, ¿se da cuenta de lo que hace?

—Claro que me la doy—repuso el juez—. Y voy a ponerle a usted una multa de diez mil dólares por obstaculizar la acción de la justicia.

—¡No se atreverá a ello!—bramó Walter, dispuesto a todo.

—Y empezaré por embargar todos sus bienes. ¿Es éste su escritorio?—preguntó, indicando la mesa donde se escondía Williams.

—¡No!—exclamó sin reprimirse Hilda.

—¡Sí!...—rectificó Walter, que vio en aquello una solución para que le sacaran de allí el mueble.

—¿De qué tiene miedo, Hildy?—agregó—. Le desafío a que se lleve este mueble de aquí.

—¡Ya lo verá!—gritó el juez, dispuesto a no dejarse avasallar.

En aquel desafío arteramente provocado por Walter llevaba éste siempre la mejor parte. Ya se disponían algunos de los periodistas a cargar con el mueble por orden del juez, cuando penetró en la habitación la señora Baldwin en persona, y con las ropas como si acabara de sostener una batalla defensiva contra diez perros rabiosos. Con la infeliz y derrotada suegra venía, a guisa de escolta, para que los chicos no se metieran con ella, un guardia.

—¡Mamá... mamá! ¡Qué alegría volver a verte!...—exclamó, loca de contento, Hildy, dispuesta a arrojarle en los brazos de la anciana.

Pero ésta relegaba de momento todos los afectos familiares, para señalar sañudamente con su índice al causante de todas sus desdichas.

—¡Es el hombre que tiene la cul-

pa de todo!—dijo, indicando a Walter.

—¿Pero qué dice esta buena señora?—inquirió el juez, que ya empezaba a hacerse otro taco.

El guardia tomó la palabra, cosa difícil de tomar allí, donde todos hablaban a un tiempo:

—Esta señora asegura haber sido raptada.

El juez y demás concurrentes trataron a duras penas de contener una carcajada. ¿Era posible que, a sus años, hubiera alguien dispuesto a cosa semejante?

Pero la vieja refirió con todos sus pelos y señales el lance que ya conocemos, y para remate acusó fieramente a Walter como inductor del rapto.

—Les aseguro a ustedes que ésta tía loca quiere embrollarme—afirmaba Walter—. Aseguro no haberla visto en mi vida.

—¿Qué dice este embustero? ¡Cínico!—gritó la anciana, a quien el guardia tuvo que impedir lanzarse sobre Walter. Este sabía que su defensa era mantenerse sereno y negar, pasase lo que pasase. Al fin, fingiendo indignación, habló así a su acusadora:

—Señora... basta de disimulos. Si ha estado de juerga y ha bebido más de la cuenta... ¿por qué no lo confiesa en vez de acusar y perder a un inocente?

Al escuchar esto, la señora Baldwin se desbordó:

—Y tengo que decir algo más todavía...

—No le hagan caso—aconsejó Walter.

Y la señora Baldwin rompió con sus palabras el secreto del momento:

—Tiene aquí un hombre escondido; un hombre que ha cometido un crimen.

Como señaló el buró, todos fijaron sus miradas sobre el mueble.

En un momento apercibiéronse todos, y encañonando la tapa del escritorio, dispúsose el juez a hacer salir de allí al perseguido. Hildy, al ver aquel aparatoso rodeo, no pudo por menos de exclamar:

—Si tiene usted su pistola... ¿cómo va a herir a nadie?

Y así, de esta forma, sin pena ni gloria, fué capturado Williams, el criminal que había tenido en jaque a toda la Policía de los Estados durante doce horas.

X

Hildy y Walter fueron encarcelados, por encubridores de Williams. El juez y su camarilla, que cifraban en la ejecución del infeliz perturbado la base de su próximo triunfo electoral, frotábanse las manos de alegría al ver que las circunstancias, propicios con ellos, les daba, además del triunfo en las urnas, la ocasión de verse libres por una temporada larga de las impertinencias del "Diario de la Mañana". Pero con lo que no habían contado ninguno era con el número del siguiente día, donde el referido diario publicaba el artículo de Hildy, y en el que, a pretexto de la persecución injusta de Williams, que se había demostrado ampliamente que estaba loco, se dejaban al descubierto todos los manejos indignos de los hombres representativos de la autoridad en aquella ciudad.

El revuelo que el tal artículo produjo fué más que regular; y, en consecuencia, Hildy y Walter pasaron de la cárcel a la posteridad. El "Diario de la Mañana" se colocaba a la cabeza de toda la Prensa.

Saboreando el éxito, luego, después en la Redacción del diario, Walter, llegado el momento de la despedida, habló así:

—¡Sé que lo merezco todo, Hildy! Cuando cruces esa puerta, parte de mi alma se irá contigo, pero un mundo nuevo se abrirá para ti. Me burlaba de Pedro, de Albany y de todo... ¿sabes por qué?

Hildy le miró sin comprender. Hacía mucho tiempo que no le veía hablar tan en serio.

—Estaba celoso — prosiguió — ; estaba triste por que él te ofrecía una clase de vida que yo no podía darte...

La muchacha comprendió que Walter nunca había dejado de quererla.

—Vete, Hildy. Es mejor para tu felicidad, y buena suerte.

Dejóse caer sobre el sillón, al tiempo que Hildy se dirigía hacia la puerta. El timbre del teléfono exterior repiqueteó insistente. Con gesto indolente, Walter tomó el receptor:

—Diga... ¿Quién? ¿Hildy Johnson? Se acaba de marchar.

—No. Todavía estoy aquí.

Walter volvió la cabeza, y al observar que Hildy aún no se había ido, no pudo contener un gesto de alegría.

Al teléfono, Hildy se enteró que la llamaban de la Comisaría 44. Se trataba de Pedro, su prometido, que

había perdido el tren de las nueve, había perdido la tranquilidad, y había perdido cuatrocientos dólares. Era un caso.

—Pedro... no lo comprendo—expuso Hildy por el teléfono—. Creí que estabas camino de Albany. ¿Qué te ha ocurrido?

—Me acusan de falsificar moneda—dijo muy apurado Pedro.

Walter tosió, queriendo disimular, pues ahora veía claro las consecuencias de haberle mandado entregar billetes falsos. En tanto, Hildy se debatía con él, amenazando tragarse el auricular:

—¿Dices que fui yo quien te dió ese dinero? Está bien.

—Ya trataré de arreglarlo como pueda... —concluyó Hildy, empezando a gimotear.

—No llores de ese modo—la consoló Walter—. Yo no quería haberte hecho llorar. Dime lo que te ocurre. Tú no has llorado en la vida.

—No sabía que habías hecho que lo detuvieran; creí que eras leal siquiera una vez..., que me dejabas disponer de mi vida, sin tratar de entorpecerme; pero veo que estaba equivocada... ¡Y creí que me querías!

Toda la elocuencia de Walter fué poca para demostrar a su esposa que estaba enamorado de ella como

lo estuvo siempre y que todo cuanto había hecho en perjuicio del bobalicón Pedro era para impedir su casamiento con él. Y la muchacha, que por su parte jamás había dejado de querer a Walter, se convenció muy pronto. De tal manera, un nuevo alborar de felicidad se cernía sobre el matrimonio.

Hildy era feliz, inmensamente feliz. Se imponía festejar la reanudación de aquella felicidad, que por un momento vióse seriamente amenazada. Un viaje, resultaba lo más indicado.

—¿Dónde iremos?—preguntó él.

—A las cataratas del Niágara —propuso, muy seria, ella.

Walter aprobó el proyecto. En este momento el timbre del teléfono les interrumpió.

—Diga—habló Walter—. ¿Huelga en Albany? Bien.

Al tiempo que dejaba el receptor, y con la mejor de sus sonrisas, rectificó el primitivo plan:

—Mira qué casualidad, Hildy. Iremos a Albany. Espero que esta vez Pedro no nos interrumpa o estropee la combinación. Allí trabajaremos en el mejor de los reportajes para el periódico, y de paso disfrutaremos nuestra luna de miel, que será esta vez una verdadera ¡LUNA NUEVA!

F I N

ALFREDO MAYO

El día 17 de mayo de 1911, y en el piso principal izquierda de la casa número 102 de la calle barcelonesa Ronda de San Antonio, vino al mundo, bien entrada la noche, un niño rubio como las candelas, a quien su madre, doña Emilia Martínez, y su padre, D. Felipe Fernández, acordaron bautizar días después con el nombre de Alfredo.

Sepamos, pues, que nuestro galán de la pantalla se llama Alfredo Fernández Martínez; lo de adoptar el apellido Mayo fué ocurrencia muy posterior a su debut en el teatro, como más adelante veremos.

La niñez de Alfredo se caracterizó principalmente por una acritud de carácter, que, al irse acentuando, le hizo hostil a caricias y halagos, que siempre le molestaban, a excepción de las de su madre, que era con quien únicamente Alfredito dejaba de mostrarse huraño.

En 1914, su padre, que ejercía en Barcelona como agente oficial de Cambio y Bolsa, decidió trasladarse con la familia a Toledo, y en la imperial ciudad Alfredo cursó sus primeros estudios. Ingresó en el colegio de los Maristas, donde el carácter del muchacho se fué haciendo cada vez más rebelde. Esto, unido a lo escasamente comunicativo para con los demás, determinaron el que

algunas veces los compañeros de colegio pretendieran hacerle blanco de sus bromas, aunque no pasaron de la intención, porque Alfredo cortó con sus recios puños la burla.

En el colegio referido cursó nues-



tro héroe hasta el tercer curso de Bachillerato, que aprobó convenientemente en el Instituto de San Isidro, de Madrid. Después se trasladó nuevamente a la ciudad condal, y en el colegio del Sagrado Corazón estudió los restantes años del Bachillerato.

Quince años tenía Alfredo cuando por vez primera sintió el aguijoneo

del amor; y de esta época data su primer noviazgo con una chiquilla mona que se llamaba Piluca, y a quien él creyó querer para toda la vida. La efervescencia de aquella primera pasión pasó pronto.

Terminado el Grado, Alfredo optó por cursar Medicina, la ilusión de toda la vida, ilusión que aún hoy día le cautiva. Su recia complexión y fuerte contextura exigían un cauce para manifestarse, y Alfredo dedicó todos sus afanes al deporte viril: fútbol, natación, equitación, y, sobre todos ellos, el rugby, en cuyo equipo University, de Barcelona, llegó a destacar.

Otra de las aficiones del celebrado galán de "Arribada forzosa", por estos tiempos, la constituían la lectura de novelas de aventuras y de cine. A pesar de ello, Alfredo se ahincó al estudio con todo el afán que su entusiasmo por ser médico le proporcionaba. Sin embargo, y a pesar de todo, su flamante carrera quedó rota en el tercer curso de Facultad.

Tenía a la sazón diecisiete años cuando, a causa de un enfado con sus padres, decidió abandonarlo todo, marchando a los Pirineos. La causa del enfado no debió ser importante, pero el temperamento de Alfredo era de una rigidez insospechada.

En Camarasa, pueblecito del Pirineo, pernoctó por primera vez desde que saliera de su casa. Hecho arqueo en su bolsillo, se halló dueño de catorce pesetas. Allí pasó por ser

un obrero que buscaba trabajo, y gracias al dueño de la fonda donde se hospedó, encontró ocupación en una Central eléctrica, con el fabuloso haber de ocho pesetas diarias. El salto no podía ser más formidable. Ocho meses inolvidables pasó en aquel pueblecito, donde la belleza del paisaje, la bondad de las gentes y la salubridad del clima amenazaron por un momento retenerle allí para siempre.

Reconciliado con su familia, regresó a Barcelona, renunciando definitivamente a sus estudios. Trabajando en un negocio de pieles propiedad de una tía suya, le sorprendió la hora de cumplir el servicio militar, cosa que efectuó, como soldado de haber, en Sanidad Militar.

Concluidos sus deberes militares, y encontrando el negocio de pieles demasiado árido y vulgar para un espíritu inquieto como el de él, decidió dedicarse al teatro, y a tal efecto marchó a Madrid. En Madrid no conocía a nadie más que a don Manuel Linares Rivas, a quien visitó y quien prometió ayudarlo.

El debut de Alfredo Mayo fué en el teatro Muñoz Seca con la compañía de Hortensia Gelabert, quien le confió un papel de criado en la comedia "Prisionera".

Por aquél entonces, el actor Ernesto Vilches, que acababa de regresar de América, buscó un galán para la película "El 113", y al no encontrar nada aparente, vió actuar a Alfredo en su modesto papel de criado, con una sola frase, y vislum-

bró en él al galán que necesitaba. Su triunfo en esta película determinó el que Vilches lo contratara en su compañía como galán con treinta y cinco pesetas diarias.

Actuando en Valencia le hicieron proposiciones para interpretar uno de los protagonistas de "Las tres Gracias", película que se iba a rodar en Portugal, y Alfredo aceptó. Estando en Lisboa le sorprendió el Alzamiento Nacional, y desechando proposiciones ventajosas de nuevos contratos, cruzó la frontera, incorporándose al Ejército Nacional.

Fué destinado a Aviación y después se hizo piloto, siendo agregado al frente de Teruel, donde estuvo hasta el final de la guerra.

A poco de terminarse ésta, fué requerido para el galán de la película "La florista de la reina", cuyo triunfo

le abrió de par en par las puertas de la fama.

Ha interpretado las siguientes películas: "El 113", dirigida por Rafael J. Sevilla; "Las tres Gracias", por Leitao de Barros; "La florista de la reina", por Fernández Ardavín; "¡Harka!", por Carlos Arévalo; "Escuadrilla", por Toni Román; "Sarasate", por Richard Buch; "Raza", por José Luis Sáenz de Heredia; "¡A mí la Legión", por Juan de Orduña; "Malvaloca", por Luis Marquina; "El frente de los suspiros", por Juan de Orduña; "Un caballero famoso", por José Busch; "Deliciosamente tontos", por Juan de Orduña; "El abanderado", por Eusebio Fernández Ardavín, y "Arribada forzosa", por Carlos Arévalo.

Mide 1,75 metros de estatura. Ojos verdes y cabello rubio. Es soltero.

CURIOSIDADES CINEMATOGRAFICAS

La primera estrella premiada por la Academia de Hollywood, como la mejor artista cinematográfica en la temporada 1927-28, fué Janet Gaynor, la inseparable compañera de Charles Farrell en unas cuantas películas.

* * *

Phillips Holmes, el excelente protagonista de "Remordimiento", "Una tragedia humana" y "Casta divina", murió víctima de un accidente de aviación en el Canadá en el año 1942.

* * *

Bartolomé Soler, el excelente actor, que incorpora el papel del indiano en "La maja del capote", es el mismo autor de novelas tan celebradas por público y crítica como "Marcos Villari", "Germán Padilla", y comedias de halagüeño éxito como "Batalla de rufianes", "Guillermo Roldán" y "Al sol de Castilla".

* * *

Si a usted le hablan de un celebrado actor de la pantalla que se llama José Yule, a lo mejor piensa que se trata de un desconocido. Sin embargo, le ha visto y admirado muchas veces bajo el seudónimo artístico de Mickey Rooney.

* * *

La última película de Greta Garba es "La mujer de las dos caras", dirigida por George Zukor. Su compañero de cabecera es Melvyn Douglas, con quien ya interpretó "Ninotchka".

* * *

Cary Grant, el protagonista de "Sospecha" y "Luna nueva", entre sus últimas producciones, contrajo matrimonio en 1933 con Virginia Cherrill, de quien se divorció para casarse nuevamente, esta vez con la populosa multimillonaria Bárbara Hutton.

* * *

El verdadero nombre y apellidos de Francesca Bertini es Elena Vitellio, y nació en Florencia el día 11 de mayo de 1888.

* * *

En febrero de 1930, y cuando desde un avión dirigía unas escenas de lucha en el aire para la película "El halcón de los aires", pereció víctima de un accidente de aviación el director de la película, que era Kenneth Hawks, dejando viuda a Mary Astor, con quien estaba casado.

* * *

Miguel Ligeró, el indiscutible "as" de la gracia en la pantalla, tras una época de vacaciones, vuelve a la

tarea. En mayo reanudará sus actividades, interpretando el protagonista de una película Suevia Films, titulada "El rey de las finanzas". El argumento, como de Adolfo Torrado, brinda ocasiones múltiples a Liger para demostrar que sigue siendo el mejor de nuestros actores cómicos. La dirección de este "film" ha sido encomendada a Ramón Torrado, que ya en "Campeones" se puso a la cabeza de los realizadores españoles. Y como indudablemente Miguel Liger quiere resarcirse de tanto tiempo inactivo, ya ha firmado su segundo contrato, para después de "El rey de las finanzas", con la productora Rafa Film, para encarnar el protagonista masculino de "Macarena", sobre guión

y argumento del experto y acreditado escritor cinematográfico Antonio Guzmán Merino.

* * *

Usted debe saber que un español, residente en Hollywood desde hace muchos años, Andrés de Segura, fué quien más directamente influyó en la formación musical de Diana Durbin.

* * *

Oliver Hardy, ese gordo delicioso que tanto nos ha hecho reír con su traza estrafalaria, fué un magnífico estudiante en Leyes en la Universidad de Georgia, allá por los años de 1910 y 1911.

BUZON DE CONSULTAS

Respuestas a las solicitudes recibidas.

Rita. Madrid.—Los protagonistas de "María Walewska" son Greta Garbo y Charles Boyer. Esta película será estrenada en esta temporada en el cine Capitol, de Madrid, según noticias no oficiales.

Ubaldo Mambrilla. Burgos.—El dibujante López Rubio, que ilustra muchas de nuestras portadas, nada tiene que ver con el director de películas del mismo apellido.

Greta Garbo. Madrid.—El jefe de producción de una película es un cargo más importante aún que el de director, pues presupone en quien asuma dicha jefatura conocimientos que le autoricen a visar y corregir, si el caso llega, la labor del director. En cuanto a los demás cargos dentro de una producción, todos tienen su importancia; recuerde que el cine es un conjunto de actividades, de cuyo perfecto encadenamiento depende el éxito. Es obra de colaboraciones.

Chevalier. Madrid.—Johnny Weismuller es el "Tarzán" por excelencia. Bien es verdad que existe otra película de ese título, "Tar-

zán de las fieras", pero ésta es francesa, y nada tiene que ver con la serie de "Tarzanes" a que usted se refiere. En principio estuvo casado con la artista mejicana Lupe Vélez, pero al presente ignoramos si continúa su vida matrimonial con dicha artista.

Armando Bustos. Sevilla.—Mercedes Vecino está casada con el actor de la pantalla, y anteriormente "chansonier" de opereta, José Jaspé. Esto creo que ya lo hemos dicho otra vez.

Cristalina. Sevilla.—El sueldo de "extra" es el de 27,70 por sesión o jornada de trabajo de ocho horas. Cuando la figuración es de traje de etiqueta o "soirée" se elevan los honorarios a 40 pesetas. Si le cabe en suerte una frase, por breve que sea, entonces se perciben 50 y 75 pesetas, respectivamente. Si el rodaje es de noche, se aumenta proporcionalmente en los tantos por ciento. Esto es lo usual.

CUPON

PARA EL

BUZON DE CONSULTAS

Números publicados de la "NOVELA-CINE"

NUM.	TITULO	INTERPRETES
1	La muchacha de Moscú	Conchita Montes-Amadeo Nazzari.
2	Es un periodista	Barry K. Barnes-Valerie Hobson.
3	Boda en el infierno	Conchita Montenegro-José Nieto.
4	Ángel	Marlene Dietrich-Melwyn Douglas.
5	Goyescas	Imperio Argentina-Rafael Rivelles.
6	La aldea maldita	Florencia Bécquer-Julio Rey de las Heras.
7	La encontré en París	Claudette Colbert-Melwyn Douglas.
8	El frente de los suspiros	Antoñita Colomé-Alfredo Mayo.
9	Tráfico en diamantes	Isa Miranda-George Brent.
10	Si yo fuera rey	Ronald Colman-Frances Dee.
11	Correo de Indias	Conchita Montes-Julio Peña.
12	La octava mujer de Barba Azul	Claudette Colbert-Gary Cooper.
13	Intriga	Blanca de Silos-Julio Peña.
14	El prisionero de Zenda	Ronald Colman-Madeleine Carroll.
15	Madrid de mis sueños	María Mercader-Roberto Rey.
16	Medianoche	Claudette Colbert-Don Ameche.
17	El misterioso Doctor Satán	Edward Ciannelli-Robert Wilcox.
18	Mando siniestro	Claire Trevor-Jhon Wayne.
19	Almas en el mar	Fances Dee-Gary Cooper.
20	Paraíso para dos	Patricia Ellis-Jack Hulbert.
Extraordinaria.	Alfredo Mayo	Biografía.
21	Al servicio del deber	Jane Wiat-Chester Morris.
22	Idilio en Mallorca	Antoñita Colomé-José Nieto.
23	Un hombre en París	Valerie Hobson-Barry B. Barnes.
24	La caravana del Oeste	Anita Louise-Chester Morris.
25	Cuatro culpables	Ben Lion-Syd Walker.
26	Desfile sobre el hielo	Dorothy Levis-James Ellison.
27	Cincuenta y cinco vidas de cine	Carlos Fernández Cuenca.
28	Castillo de naipes	Blanca de Silos-Raúl Cancio.
29	Serenata nostálgica	Cary Grant-Irene Dunne.
30	Delator anónimo	Tamara Desni-Edmund Lowe.
31	Recuerdo de una noche	Barbara Stanwyck-Fred Mc-Murray.
32	El caso de la señorita asustada	Marius Goring-Pendelope Dudley.
33	Sentencia anónima	Sonia Hale-Wilfrid Lawton.
34	Boda sosegada	Margaret Lockwood y Franck Carr.
35	Se vende un palacio	Mary Santamaría-José Nieto.
36	Idolos	Conchita Montenegro-Ismael Merlo.
37	La Boda de Quinita Flores	Luchy Soto-Rafael Durán.
38	Una familia imposible	María Mercader-Armando Falconi.
39	Café de París	Conchita Montes-José Nieto.
40	Luz de gas	Diana Wynyard-Antón Walbrod.
41	Búffalo Bill	Gary Cooper-Jean Arthur.
42	El Abanderado	Mercedes Vecino-José Nieto.
43	Se acabó la música	Jimmy Durante-Diana Napier.
44	Dora la espía	Maruchi Fresno-Adriana Rimoldi.
45	Sólo los ángeles tienen alas	Cary Grant-Jean Arthur.
46	Mi fantástica esposa	Antoñita Colomé-Francisco Melgares.
47	Las aventuras de Marco Polo	Gary Cooper-Sigrid Gurie.
48	El ilustre Perea	Rafael López Somoza-Maruja Asquerino.
49	¡Adiós, mister Chipps!	Robert Donat-Green Garson.
50	Altar Mayor	Maruchi Fresno-Luis Peña.
51	Viviendo al revés	Alicia Palacios-Luis Durán.
52	La nueva melodía de Broadway	Eleanor Powell y Fred Astaire.
53	Luna nueva	Rosalid Russell y Cary Grant.

Si no encuentra en la librería o en el puesto de periódicos el número que le interese de esta colección, puede pedirnoslo por correo y le será enviado inmediatamente contra reembolso.

EDICIONES RIALTO

Av. José Antonio, 54 ————— MADRID

CINEMATOGRAFICA VULCANO, S. A.
(C. I. V. U. L. S. A.)

P R E S E N T A

*en la temporada 1943-44 su primera Producción Española,
titulada*

CASTILLO DE NAIPIES

Interpretada por

BLANCA DE SILOS, RAUL CANCIO Y MANOLO MORAN

con

Camino Garrigó, Joaquín Roa, Vicente Escudero y Carmita García

Cámara:: MICHEL KELBER

Dirección: JERONIMO MIHURA

Estudios: CHAMARTIN, S. A.

Distribución: MERCURIO FILMS, S. A.

Y

**5 PRODUCCIONES COLUMBIA PICTURES DE PRIMERA
CALIDAD:**

SERENATA NOSTALGICA - Irene Dunne y Cary Grant.

SOLO LOS ANGELES TIENEN ALAS - Cary Grant y Jean
Arthur.

SUEÑO DORADO - Bárbara Stanwick, William Joile y
Adolphe Menjou.

LUNA NUEVA - Cary Grant y Rosalind Rusell.

POR UN VIAJE A PARIS - Joan Blondell y Melwyn Douglas.

Distribuidas por MERCURIO FILMS, S. A.

La novela cinematográfica de todas estas películas será publicada muy en breve por
EDICIONES RIALTO. No deje de adquirirla.